Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIII | San José, Costa Rica **1931** Sábado 28 de Noviembre | Núm. 20

Año XIII. No. 564

SUMARIO

Despedida de Washington al pueblo de los Estados Unidos

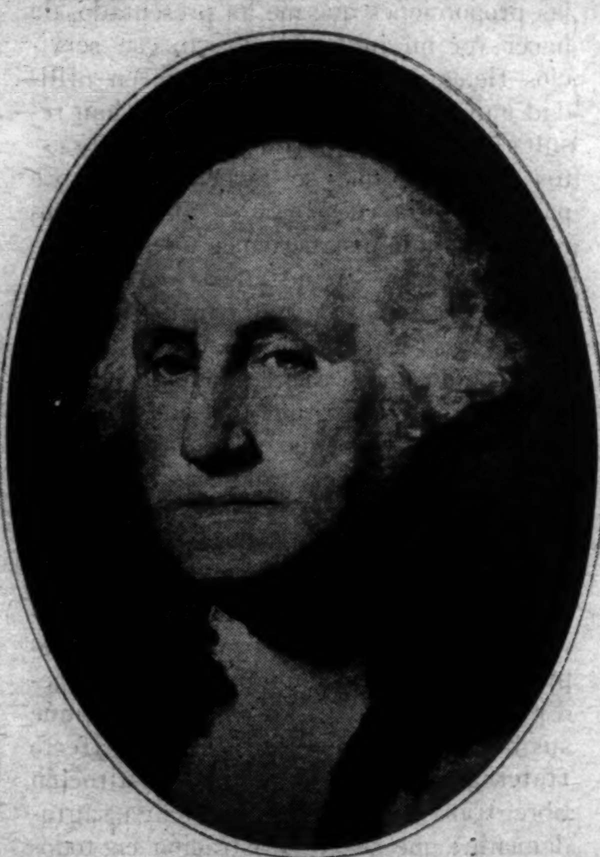
=De *El Monitor de la Educación Común.* Buenos Aires.=

El Museo Histórico de Buenos Aires conserva un librito de 40 páginas en octavo, dado por la Imprenta de Niños Expósitos el año 1813 con este título: "Despedida de Washington al pueblo de los Estados Unidos. Traducida de su original por Don Manuel Belgrano". Es una traducción hecha por el General Belgrano del conocido Washington's Farewell Address. *Mitre se refiere a ella en estos términos: Belgrano aprovechaba los momentos de descanso en cultivar su inteligencia y fortalecer su conciencia por la meditación de los escritos de los grandes hombres con que se honra la humanidad. Entre éstos era Jorge Washington el objeto de su particular admiración: así es que en los pocos días que permaneció el ejército patriota detenido en la margen izquierda del Pasaje, (Enero de 1813) acabó de perfeccionar una traducción de la* Despedida *que aquel inmortal republicano había dirigido al pueblo de los Estados Unidos al tiempo de separase de los negocios públicos. Este libro, llegado a sus manos en 1805 y que desde entonces procuró generalizar entre sus paisanos y que le había acompañado en todas sus campañas, era su libro de cabecera. Habiendo emprendido su traducción, se había visto obligado a quemarla, con otros papeles, en el combate de Tacuary. En Tucumán volvió a emprender nuevamente este trabajo, con el objeto de darlo a la prensa, realizando así bajo la tienda militar y en vísperas de la gran batalla de Salta, la obra emprendida ocho años antes, bajo el sistema colonial, cuando la idea de la revolución aún no había germinado en su cabeza".*

Esta traducción, que reproducimos íntegramente, con la introducción con que la presentó Belgrano, es en la actualidad desconocida casi por completo; sólo hace poco dió una copia de ella le revista Estudios, *de esta Capital. — Nota de* El Monitor de la Educación Común.

Introducción

El ardiente deseo que tengo, de que mis conciudadanos se apoderen de las verdaderas ideas que deben abrigar si aman la patria, y si desean su prosperidad sobre bases sólidas y permanentes, me ha empeñado a escribir esta traducción en medio de mis graves ocupaciones, que en tiempos más tranquilos la había trabajado, y se entregó a las llamas con todos mis papeles, en mi peligrosa y apurada acción del 9 de marzo de 1811 en el Tacuarí.



Jorge Washington

Del famoso cuadro, inconcluso, de *Stuart.*

Wáshington, ese héroe digno de la admiración de nuestra edad y de las generaciones venideras, ejemplo de moderación y de verdadero patriotismo se despidió de sus conciudadanos al dejar el mando, dándoles lecciones las más importantes y saludables; y hablando con ellos, habló con cuantos tenemos, y con cuantos puedan tener la gloria de llamarse americanos, ahora, y mientras el globo no tuviese ninguna variación.

Su despedida vino a mis manos por los años de 1805, y confieso con verdad, que sin embargo de mi corta penetración, ví en sus máximas la expresión de la sabiduría apoyada en la experiencia y constante observación de un hombre, que se había dedicado de todo corazón a la libertad y felicidad de su patria.

Pero como viese la mía en cadenas, me llenaba de un justo furor, observando la imposibilidad de despedazarlas, y me consolaba con que la leyesen algunos de mis conciudadanos, o para que se aprovechasen algún día, si el Todopoderoso los ponía en circunstancias, o transmitiesen aquellas ideas a sus hijos para que les sirviesen, si les tocaba la suerte de trabajar por la libertad de la América.

Un conjunto de sucesos que no estaban al alcance nuestro, pues vivíamos sabiendo únicamente, lo que nuestros tiranos querían que supiésemos, nos trajo la época deseada, y por una confianza que no merecía, mis conciudadanos me llamaron a ser uno de los individuos del gobierno de Buenos Aires, que sucedió a la tiranía.

Las obligaciones no me daban lugar a repasar la traducción, para que se imprimiese, ya que teníamos la gloria de poder comunicar los conocimientos, y que se hicieran generales entre nosotros, y creído de que en la expedición al Paraguay podría haberla examinado y concluído, tuve la desgracia que ya he referido.

Mas observando que nadie se había dedicado a este trabajo, o que si lo han hecho no se ha publicado, ansioso de que las lecciones del héroe americano se propaguen entre nosotros y se manden, si es posible, a la memoria por todos mis conciudadanos, habiendo recibido un librito que contiene su despedida, que háme hecho el honor de remitirme el ciudadano don David C. de Forest, me apresuré a emprender su traducción.

Para ejecutarla con más prontitud me he valido del americano doctor Redhead, que se ha tomado la molestia de traducirla literalmente, y explicarme algunos conceptos, y por este medio he podido conseguir mi fin, no con aquella propiedad, elegancia y claridad que quisiera, y de que son dignos tan amplios consejos; pero al menos los he puesto inteligibles, para que mejores plumas les den todo aquel valor, que ni mis talentos, ni mis atenciones me permiten (1).

Suplico sólo al gobierno, a mis conciudadanos y a cuantos piensen en la felicidad de América, que no se separen de su bolsillo este librito, que lo lean, lo estudien, lo mediten, y se propongan imitar a ese grande hombre, para que se logre el fin a que aspiramos, de constituirnos en nación libre e independiente.

Manuel Belgrano

Alurralde, 2 de febrero de 1813.

---

(1) Aquí como en tantas otras ocasiones, aparece la modestia de Gleneral Belgrano. Puede ser que Redhead u otros hubiesen tomado parte en la traducción pero no cabe duda alguna de que sabía bien la lengua inglesa. Gutiérrez asegura que la conocía con perfección.

Despedida de Washington

al pueblo de los Estados Unidos

Amigos y conciudadanos:

Nunca me parece más a propósito manifestaros la resolución que tomé de separarme del cargo, que ocupo, que en estas circunstancias, en que se acercaba el tiempo de elegir un ciudadano que administre el Poder Ejecutivo de los Estados Unidos, y en el que debéis fijar vuestras ideas para designar la persona, que haya de revestir con una comisión tan importante; así se expresará distintamente el voto público, y no se me contará en el número de los que hayan de ser elegidos.

Os suplico al mismo tiempo, que me hagais la justicia de creer, que no he tomado esta resolución, sin haber tenido presente todas las resoluciones que corresponden a la relación que une a un ciudadano obediente a a su patria, y que mi determinación de retirarme no es, ni disminución de celo por vuestro interés futuro, ni falta del más agradecido respeto a vuestra pasada bondad, sino un efecto del pleno conocimiento en que estoy de que este paso no es incompatible con aquellos objetos.

El haber aceptado, y continuado hasta ahora en el cargo, a que por dos veces me llamasteis por vuestros votos, ha sido un sacrifio uniforme de mi gusto al convencimiento en que estoy de la obligación que tengo respecto de la sociedad y de mi deferencia a lo que parecía que deseabais. Esperaba constantemente volver al retiro de que salí con repugnancia y que podría haberlo hecho más pronto, sin perjuicio de los motivos de no poder desatender. La fuerza de mi inclinación a retirarme, me estimuló a prepararme para dirigiros un manifiesto antes de la última elección, declarándos mi deseo; pero reflexionando con madurez acerca del estado de los negocios con las naciones extranjeras, que era tan perplejo y crítico, y cediendo al parecer unánime de las personas de mi confianza, abandoné le idea.

Me complazco con que el actual estado de vuestras relaciones, así interiores como exteriores, no hacen incompatible el que siga mi inclinación, ni con el conocimiento que tengo de la obligación de servir, ni con el decoro: y estoy persuadido de que en las presentes circunstancias de vuestra patria, no desaprobaréis mi determinación de retirarme, sin embargo, del afecto que me dispensais por mis servicios.

Cuando por primera vez me dediqué a desempeñar el arduo cargo, os manifesté con oportunidad mis ideas: os diré solamente el desempeño de esta obligación que he contribuido con buenas intenciones a la organización y administración del gobierno, y que he hecho mejores esfuerzos según es permitido a una corta capacidad, sin ignorar desde el principio la inferioridad de mi talento, mas la experiencia propia y aún más la de otros, ha aumentado los motivos de desconfiar de mí mismo; y creciendo cada vez más el peso de mis años, me avisa sin cesar que la sombra del retiro me es tan necesaria como me será agradable. Satisfecho de que, si mis servicios han tenido algún valor sólo ha procedido de las circunstancias, tengo el consuelo de creer que si la elección y la prudencia, me llaman a separarme de la escena política, el patriotismo no me lo prohibe.

Mirando hacia el momento que va a terminar la carrera de mi vida pública, no me es posible dejar de manifestar el reconocimiento, en que estoy a mi amada patria por los muchos honores que me ha dispensado, aún más por la firme confianza con que me ha sostenido, y por las proporciones que me ha presentado, de hacer ver mi inviolable afecto con servicios fieles y constantes, aunque en utilidad muy desiguales a mi celo. Si han resultado a nuestra patria beneficios de estos servicios, que se recuerden siempre para la gloria vuestra, y se conserven como un ejemplo instructivo en nuestros anales; porque en circunstancias, en que las pasiones agitadas de todos modos estaban sujetas a descaminarse en medio de apariencias, algunas veces dudosas, de las vicisitudes de la fortuna que desalientan, en situaciones en que no pocas veces la falta de buenos resultados ha favorecido al espíritu de crítica, la constancia en sosteneros ha sido el apoyo esencial de los esfuerzos y la garantía de los planes por donde se efectuaron. Penetrado íntimamente de esta idea la llevaré hasta el sepulcro como un estímulo poderoso para pedir incesantemente a los cielos os continúe sus beneficios; que vuestra unión y afecto fraternal sea perpetuo; que la constitución libre, trabajo vuestro, se mantenga sagradamente; que su administración en todos los ramos se señale por la sabiduría y la virtud; que por último la felicidad del pueblo de estos estados, bajo los auspicios de la libertad sea completa, por una conservación cuidadosa y un uso tan prudente de estos favores del Todopoderoso, para que adquieran la gloria de obtener el aplauso, afecto y adopción de toda nación, que aún no la conoce.

Aquí, tal vez debía yo de dejar de hablaros; pero mi anhelo por vuestra felicidad, que no concluirá sino con mi vida, y el temor del peligro, natural al mismo, me impelen en esta ocasión, a ofrecer a vuestra contemplación, y recomendar a vuestra meditación, algunas ideas que son el resultado de mucha reflexión, de no poca observación, y que me parecen de toda importancia para que mirados como una nación, según lo estáis, permanezca vuestra felicidad. Os las ofreceré con tanta más libertad, cuanto que en ellas sólo veréis las advertencias de un amigo, que se despide y que no puede tener un interés personal en aconsejaros mal animándome a ello la indulgencia con que en otra ocasión semejante recibisteis mis ideas.

Está tan íntimamente unido a vuestros corazones el amor de la libertad, que no creo necesario recomendárolos, ni para que os afirméis, ni os confirméis más en él.

También os es apreciable en el día la unidad de gobierno, que constituye una nación; y a la verdad justamente la apreciáis; pues es la columna principal del edificio de vuestra verdadera independencia, el apoyo de vuestra tranquilidad interior, de vuestra paz exterior, de vuestra seguridad, de vuestra prosperidad y de esa misma libertad que tanto amáis. Pero como es fácil prever que por diferentes motivos y diversos puntos se trabaje con mucho empeño y se empleen muchos artificios para debilitar, en vuestro concepto, el convencimiento de esta verdad; siendo este el punto de vuestro baluarte político contra el cual se han de dirigir con más constancia y actividad las baterías de los enemigos interiores y exteriores (aunque muchas veces oculta e insidiosamente), es de suma importancia para que sepáis bien cuánto interesa vuestra unión nacional a vuestra felicidad general y particular, que fomentéis un afecto cordial, habitual e invariable hacia ella, acostumbrándoos a pensar y hablar de la unión como de la égida de vuestra seguridad y prosperidad política, velando en su conservación con un celo eficaz; rechazando cuanto pueda excitar aun la más mínima sospecha, de que en algún caso puede abandonarse; y mirando con indignación las primeras insinuaciones de cualquier tentativa, que se hiciere para separar una parte del país de las demás, o para debilitar los lazos sagrados que actualmente las unen.

Para observar esta conducta, tenéis todas las razones de simpatía e interés. Ciudadanos por nacimiento o por elección, de una patria común, tiene ésta el derecho de que todos vuestros afectos se concentren en ella. El nombre de americano, que os pertenece en vuestro estado nacional, siempre debe excitar un justo orgullo patriótico, más que cualquier otro nombre, que derive de los lugares en que habéis nacido. Con poca variación vuestra religión, vuestras costumbres y vuestros principios políticos son unos mismos.

Juntos habéis velado y triunfado en una causa común: la independencia y la libertad que poseéis, es la obra de vuestros consejos, de vuestros esfuerzos, de los peligros, de los sufrimientos y de las ventajas comunes, que en unión habéis conseguido.

Mas estas consideraciones que tan poderosamente deben obrar en vosotros, son infinitamente de menor gravedad, que las que tocan con más inmediación a vuestro interés: aquí cada porción del país encuentra motivos los más imperiosos, para conservar y mantener cuidadosamente la unión del todo.

Comunicándose los países septentrio-

Las danzas de Edouard du Buron

—Envío del autor—

Este hombre que ha estudiado el arte de épocas olvidadas, las decoraciones primitivas, el movimiento emocionado de las danzas guerreras, las religiones sangrientas de cultos exóticos, nos entrega a través de su cuerpo sensible al escalofrío de la música, una plástica intensamente expresiva de estados de alma, porque su cuerpo tiene que decir—dentro del movimiento rítmico que lo hace decorativo como un friso—lo que le es prohibido al rostro expresar. Las manos como en el cine mudo son elocuentes, los pies como en el hombre salvaje no son escondidas partes del cuerpo que se nos olvidan como son.

Él crea los vestidos que necesita, los trajaba él mismo, así como el metal que va a sonar o a brillar. Él dora el cuero que necesita para su danza javanesa. Este detalle importante asegura conciencia artística, pasión por el detalle para llegar a lo perfecto.

Si fracasa, el fracaso es del público, poco imaginativo—poco creador de formas al escuchar ritmos, porque él nos materializa las imágenes que en nosotros son nebulosas e informes, siendo como dice Paul Valérey al hablar del alma y de la danza: *"Réve, mais réve tout penetré de symétries"*.



Edouard du Buron en el Preludio *(Número 20 en Do Menor)* de Chopin.

Dibujo de *F. Amighetti.*

El preludio de Chopin.—La figura nace acurrucada en el escenario vasto como un cosmos, tiene amplio paño negro y va desenvolviendo sus acordes de forma en el pliegue grave. La figura va creciendo, estirándose, parece que la música crea y hace nacer la imagen, sin esfuerzo, sin dualidad-música y forma son una única e inseparable sustancia. Se arrastra como sombra y violentamente adelanta el torso que repinta las costillas en actitud angustiosa. De la noche estructural de su manto fluyen pliegues góticos, y Chopin doloroso en su piano enlutado con sus enlutadas notas flota dentro del pequeño mundo del escenario.

Kwannon, la diosa de la gracia,—o de la misericordia, la que se conmueve con las desgracias de los hombres y es bondadosa y no tiene el ceño jupiteriano de otros dioses. Hermafrodita es esta divinidad brahamánica que al llegar al Japón se hizo humana y delicada. Hokusai la presenta sobre un pez gigante con los brazos delicadamente unidos por la punta de los dedos. En el teatro esta diosa aparece con la arcaica pose budista de las pinturas de Kanaoka, se va exaltando muy lentamente por la música que brota y la máxima orientalidad le sale por los dedos en los que se siente la descarga de abundantes fuerzas de bien.

La danza javanesa y la del indio invocando el gran espíritu,—respiran un aliento salvaje muy emocionado. la danza javanesa más puesta en el ensueño, lenta como mar lascivo de trópico. La del indio es fuerte y de extraños movimientos, recuerda serpientes y pájaros y parece que la música naciera de la violencia de sus gestos y no de que él tratara de seguir a la música. Este indio rojo que busca en el cielo al sol, no es el de opereta que nos han presentado siempre. Du Buron que va hacia el Sur buscando esa América inédita y orgánica que está en el quechua y el aymará, ha comenzado a interpretar cosas del indio nuestro. Con música de David Sequeira, uno de los pocos que componen haciendo sonar en el piano el lejano y triste tambor indígena, du Buron ha creado una de las más originales danzas, si puede llamarse así esa epilepcia maravillosa con que él interpreta la música de Sequeira, *Lamento del caribe.*

F. Amighetti

Costa Rica, Novbre. 1931.

---

nales con los meridionales, sin restricción alguna, y bajo la proteción de leyes iguales de un gobierno común, hallan aquéllos en las producciones de éstos, recursos para empresas marítimas y mercantiles, y materiales preciosos para su industria. Éstos beneficiados por esta misma comunicación con aquéllos, ven aumentar su agricultura y extender su comercio ocupando en parte en sus propios canales los marineros septentrionales. Vigoriza su navegación particular y mientras contribuye por diversos modos a alimentar y aumentar la masa general de la navegación nacional, aspira a la protección de una fuerza marítima, que no podían conseguir por sí mismos, estando en igual comunicación los países orientales con que los occidentales hallan ya el adelantamiento progresivo de la comunicación interior, tanto por agua como por tierra, y hallarán después cada día, más salida para los artículos mercantiles que vienen del extranjero o los que presentan nuestras fábricas. El poniente recibe del naciente renglones necesarios a su incremento y comodidad, y lo que acaso es de mayor importancia, deberán necesariamente la seguridad de la extracción indispensable de sus productos al peso, influjo y fuerza futura marítima de la parte atlántica de la unión, dirigida por una comunidad indisoluble de interés, según corresponde a una nación. De cualquier otro modo que posea esta ventaja la parte occidental, ya sea por su propia fuerza separada, ya sea por una conexión apóstata y desnaturalizada con alguna potencia extranjera, será intrínsecamente precaria.

Mientras, pues, cada parte de nuestro territorio encuentra de este modo un interés inmediato y particular en la unión; todas sus partes combinadas no pueden dejar de hallar en la masa reunida de medios y esfuerzos, mayores recursos, mayor seguridad, en proporción contra los peligros exteriores, una interrupción menos frecuente de su tranquilidad por las naciones extranjeras, y lo que es de mayor valor, la unión les libertará de las disensiones domésticas que afligen con tanta frecuencia a los países vecinos que no están unidos bajo un mismo gobierno: disensiones que su propia rivalidad bastaría para excitarlas, y que las alianzas extranjeras opuestas, las amistades e intrigas, las fomentarían y aún las harían más amargas. Así se evitaría también la nenecesidad de mantener establecimientos militares crecidos, que bajo cualesquiera gobierno que sea, son perjudiciales a la libertad, y deben mirarse particularmente como enemigos de la libertad republicana: en este sentido debéis mirar vuestra unión como el apoyo principal de vuestra libertad, y el amor de ésta os debe hacer más interesante la conservación de aquélla.

Estas consideraciones convencen a todo invidivuo que piense y sea virtuoso, y demuestran que la continuación de la unión merece ser el objeto primario del deseo patriótico. ¿Dudáis acaso que un gobierno común sea capaz de abrazar un círculo tan dilatado? Que lo resuelva la experiencia. Sería un delito oir sólo la especulación para decidir. Debemos esperar que una organización adecuada del todo, con las operaciones auxiliares de los gobiernos para las respectivas subdivisiones nos dará un feliz resultado de la experiencia. Este asunto merece que ella sea completa y exacta, habiendo unos motivos tan poderosos y obvios, que influyen en todas partes del país en favor de la unión; y se debe

desconfiar del patriotismo de aquellos que intentan debilitar sus lazos, mientras la experiencia no haya demostrádo que es impracticable.

Reflexionando sobre las causas que pudiesen perturbar nuestra unión, se presenta como un objeto importante, que hubiese habido algún fundamento para caracterizar a los distritos por medio de distinciones geográficas, a saber: septentrional y meridional, atlántica y occidental; por las que algunos hombres mal intencionados pueden intentar persuadir que existe una diferencia verdadera de intereses y de miras. Uno de los medios de que se valen los facciosos para adquirir influjo en los destritos particulares es el de desfigurar las opiniones y miras de los otros. No podéis cautelaros bastante contra los celos e incomodidades que nacen de estos manejos; ellos se dirigen a separar los afectos de los que debían estar unidos como hermanos. Los habitantes de nuestro país occidental han recibido últimamente una lección útil sobre sí mismos en esta materia: han visto en la negociación hecha por el Gobierno Ejecutivo, en la ratificación unánime del Senado del tratado con España, y en la satisfacción universal que este suceso ha producido en todos los Estados Unidos, una prueba decisiva de cuán infundadas eran las sospechas que se propagaban entre ellos, de que la política del gobierno general y de los estados atlánticos era opuesta a sus intereses con respecto al Misisipí: han sido testigos de los dos tratados con Inglaterra y España que les aseguran cuanto pueden desear sobre la confirmación de su prosperidad respecto a nuestras relaciones exteriores; ¿no será sabiduría reposar sobre la unión, para conservar las ventanas que por su medio se consiguen? ¿No se dejará de oir a esos consejeros, si es que existen, que intentan separarlos de sus hermanos y unirlos con los extranjeros?

Es indispensable un gobierno general, para que vuestra unión sea permanente y eficaz; las alianzas entre las partes, por ligadas que sean, no la pueden reemplazar; porque inevitablemente experimentarían las infracciones e interrupciones que han experimentado en todos tiempos. Conociendo esta verdad importante, habéis mejorado vuestro primer ensayo, adoptando una constitución de gobierno más adecuada a la unión íntima, y a la administración eficaz de vuestros negocios comunes. Este gobierno, fruto de vuestra libre elección, adoptado después de una investigación completa y madura deliberación, enteramente libre en sus principios, en la distribución de sus facultades, que une la seguridad con la energía y contiene en sí mismo arbitrios para mejorarse, tiene derecho a que confiéis en él y a que lo sostengáis. Respetar su autoridad, cumplir sus leyes, conformarse con sus medidas, son obligaciones que prescriben las máximas fundamentales de la verdadera libertad. La base de nuestro sistema político es el derecho del pueblo, para hacer o alterar sus constituciones de gobierno; pero la constitución, que alguna vez existía, mientras no se cambiase por un acto auténtico y explícito de todo el pueblo, obliga a todos por los derechos sagrados. La misma idea del poder y del derecho del pueblo a establecer un gobierno, supone también la obligación que tiene cada individuo de obedecer al gobierno establecido.

Todo obstáculo a la ejecución de las leyes, toda combinación y asociación, sea cualesquiera el carácter que revista, si tiene por objeto el dirigir, contener, intimidar u oponerse a las deliberaciones y acciones arregladas de las autoridades constituídas, es destructivo de este principio fundamental y de resultados muy peligrosos. Tales medios sólo sirven para organizar facciones y darles más fuerza artificial y extraordinaria, para substituir a la voluntad de la nación, la voluntad de un partido y muchas veces de una parte de la comunidad muy pequeña, pero artificiosa y emprendedora, y para, según los triunfos alternados de los diferentes partidos, hacer que la administración pública sea el espejo de los proyectos desconcertados y monstruosos de las facciones, en lugar de ser el órgano de planes consecuentes y saludables, dirigidos por los consejos comunes y modificados por los mutuos intereses.

Sin embargo, de que esas combinaciones y asociaciones puedan servir de cuando en cuando para los fines populares, están expuestas a que el tiempo y las circunstancias las conviertan en instrumentos poderosos, que sirvan a hombres ambiciosos, astutos e inmorales para destruir el poder del pueblo y usurpar la autoridad del gobierno y luego acabar con los medios que los eleven a su injusta dominación.

Para que se conserve vuestro gobierno y que vuestra felicidad actual sea duradera, no sólo es necesario que desaprobéis toda oposición irregular a su legítima autoridad, sino también que resistáis con cuidado toda innovación de sus principios, sea cualquiera el pretexto con que se intentase. Uno de los modos de asaltar al gobierno podrá ser alterar las formas de la constitución con pequeñas mutaciones que debiliten la energía del sistema, minando así lo que directamente no se podría derribar. Siempre que se os proponga alguna innovación, tened presente, que el tiempo y la costumbre son tan necesarios para fijar el carácter verdadero de los gobiernos como el de las demás instituciones humanas: que la experiencia es la piedra de toque para probar la verdadera dirección del gobierno que existe en un país; que la facilidad en hacer mutaciones fiándose del crédito de una opinión, o hipótesis, expone a variaciones perpetuas; porque las opiniones o hipótesis varían sin fin y acordaos, con especialidad, que en país tan dilatado como es el nuestro, es indispensable para la dirección eficaz de vuestro interés común, que el gobierno tenga todo el vigor que sea compatible con la perfecta seguridad de la libertad. La libertad misma hallará su guardia más segura en un gobierno semejante, en que los poderes están bien distribuídos, y arreglados. La libertad es poco más que una sombra, cuando el gobierno es demasiado débil para resistir a las empresas de las facciones, para contener a cada individuo de la sociedad dentro de los límites que les prescriben las leyes, y para conservar a todos el goce pacífico de los derechos personales y de propiedad.

Ya os he manifestado el peligro de los partidos en el estado, especialmente con referencia a aquéllos que se fundan en distinciones geográficas. Trataré ahora con más extensión cómo debéis precaveros del modo más completo contra los efectos mortales del espíritu de partido en general.

Por desgracia este espíritu es inseparable de nuestra naturaleza, pues tiene sus raíces en las pasiones más fuertes del corazón humano. En todos los gobiernos existe bajo de diversas formas, más o menos sofocado, contento o reprimido; pero en los populares se descubre en toda su extensión y es a la verdad su peor enemigo.

La alternativa de la dominación de las pasiones entre sí, agitada por el espíritu de venganza, propio de las disensiones de partido que en diferentes siglos y en diversos países ha cometido los excesos más horrorosos, es en sí despotismo espantoso. Pero este conduce, al fin, a otro despotismo más formal y permanente. Los desórdenes y miserias que resultan, disponen por grado al espíritu a buscar la seguridad y el descanso en el poder absoluto de un individuo; y tarde o temprano, el jefe de alguna pasión dominante, más hábil o más feliz que sus rivales, aprovecha esta disposición para elevarse sobre las ruinas de la libertad pública.

Sin contraer la atención a un extremo de esta naturaleza, que, sin embargo, nunca debe perderse totalmente de vista, los males comunes y continuados que traen consigo el espíritu de partido son bastantes para que un pueblo sabio tenga interés y mire como una obligación el desaprobarlo y contenerlo.

El espíritu de partido trabaja constantemente en confundir los consejos públicos y debilitar la administración pública. Agita a la comunidad con celos infundados y alarmas falsas; excita la animosidad de unos contra otros y da motivos para los tumultos e insurrecciones. Abre el camino a la corrupción y al influjo extranjero, que

hallan fácilmente su entrada hasta el mismo gobierno por los canales de las pasiones de los facciosos. Así es que la política y la voluntad de un país se ven sujetas a la política y a la voluntad de otros.

Muchos opinan que los partidos en los países libres son frenos útiles al gobierno y conservan el espíritu de libertad; esto probablemente es verdad, hasta cierto punto; y en los gobiernos monárquicos el patriotismo puede mirar el espíritu de partido, si no con favor, al menos con indulgencia.

Pero en los de carácter popular, en gobiernos puramente electivos, es un espíritu que no debe fomentarse: por la disposición natural de los gobiernos populares nunca faltará bastante espíritu de partido para todo afecto saludable. Y como siempre hay peligro de que traspase sus límites, debe ponerse empeño en disminuirlo y mitigarlo por la fuerza de la opinión pública. El espíritu de partido nunca debe apagarse; pero siempre debe haber una vigilancia continuada, para que no devore con sus llamas, en lugar de calentar.

Jorge Washington

(Concluirá en la próxima entrega.)

Haya de la Torre, paladín de nuestra América

—Envío del autor—

Conocí a Haya en París, me lo presentaron una noche en la terraza del café de la Rotonde. Él venía de Londres y fumaba continuamente en pipa; yo también salía de la School of Economics bien provisto con una preciosa pipa Dunhill. Simpatizamos. El traía sobre su juventud una larga y valiente actuación; yo sólo tenía muchos ensueños y una gran fe. Apenas iniciaba mi cultura por los anfiteatros de la Sorbonne.

Haya de la Torre me habló esa noche de sus meses en Rusia, de su lucha contra una grave afección pulmonar. Así me di cuenta del recio temple de su carácter y no pude menos de entusiasmarme ante la figura del joven héroe.

Después nos vimos con frecuencia en el mismo café, en la mesilla donde invariablemente tomaba asiento Toño Salazar, el exquisito dibujante centroamericano, con su inseparable amigo el escritor Napoleón Pacheco. Así comencé a saber lo que era el Perú y lo que significaba la tiranía de Leguía.

Fué en París, en la Sorbona, donde yo descubrí a mi América y, desde entonces, me dediqué a conocerla para poder amarla y servirla. Claro está que los mejores capítulos de mi estudio y de mi querer los dediqué al Perú, tierra que, para nosotros los mexicanos, tiene vínculos máximos; raza, historia, problemas, todo nos es semejante. En la América virgen, mientras en nuestro país florecía la civilización azteca, allá en el sur, era el inca el civilizador. Luego, en la colonia, nuestros países constituyeron los dos más grandes y ricos virreinatos del mundo hispano. Y después hemos seguido los mismos tropiezos por una senda que han dado en llamar republicana, abrumados por el peso de nuestros problemas sociales y económicos que nunca supimos o quisimos resolver.

La tiranía de Leguía dió un gran paladín a la América: Raúl Haya de la Torre. Y este joven Sigfrido nuestro hízose solo, en el dolor y en la miseria del destierro.

Allá por el año de 1920, Haya era el líder de la nueva generación estudiantil peruana que buscaba ansiosamente el alma nacional en las Universidades Populares; después fué héroe entre los héroes del masacre del 23 de mayo, día en que el pasado estúpido y sanguinario trató de aplastar el nuevo brote que traía al Perú y a la América una nueva vida. Entonces Leguía hace del héroe peruano un paladín de América: lo deporta.

Haya principia sus peregrinaciones; con él lleva su inmenso entusiasmo y su ansia por renovarse, renovando. Sigfrido ya tiene la invencible espada. Caminando por las rutas de América, como un nuevo Sidarta Gautama, se detiene alguna vez bajo un árbol umbroso y pronto defínense en su imaginación los cinco postulados con los que él debe intentar la regeneración de América.

Incansable, indiferente a los reveses, invulnerable a la crítica que ya le aguijonea, Haya prosigue su campaña; habla en conferencias, funda células apristas, publica periódicos. Entonces su dinamismo adquiere una potencialidad de máquina.

La lucha sirve al héroe para afilar su espada, para pulir su brillante escudo. Ya no es el estudiante que se alza en medio de la matanza para maldecir al tirano o que despide con ojos empañados a los camaradas sacrificados: el estudiante Alarcón Vidalón y el obrero Salomón Ponce. Ahora es el defensor de todos los oprimidos de América y el organizador de su emancipación. El *Apra* condensa en sus principios las mayores necesidades de nuestra América que los cobardes y los traidores se empeñan en callar.

El nombre de Haya comienza así a ser símbolo de legítimas reivindicaciones. Se le recibe en Argentina, en México, pero pronto también se le va a expulsar de otros países nuestros. Las tiranías y el capital extranjero siéntense amenazados y exteriorizan su temor persiguiendo implacablemente a Haya, quien tiene que refugiarse en Alemania, bien lejos de las garras del águila rapaz.

Desde su asilo lejano Haya sigue el drama peruano, sin descuidar toda la tragedia americana. Desde allá llegan artículos, copias de discursos y conferencias, folletos, libros, cartas, todo igualmente generoso y cada día de una ideología más clara, más acertadamente realista. El destierro vuelve más estudioso al estudiante y los viajes amplifican su visión objetiva. De ahí el nuevo realismo de Haya, aplicado a la solución de nuestros problemas. Por primera vez el iberoamericano no se ofusca con el paisaje extranjero y quiere verlo en nuestra América; por el contrario, Haya asimila lo extranjero y con ese nuevo vigor observa nuestra vida. Su América no es una burda imitación de Europa, es lo que tiene que ser: un nuevo mundo.

Ahora, Perú libre, ha vuelto sus ojos hacia Alemania para llamar al héroe de América, y Haya, consciente de su obligación de joven que debe actuar para realizar lo que sólo es aún concepción ideológica, se ha embarcado en la aventura de una campaña presidencial. Esperemos que esta nueva peregrinación culmine en el triunfo del joven héroe, porque en sus estandartes se juega el destino del Perú y quizá, también, la más pronta realidad del nuevo mundo!

Fernando Robles

Montevideo, 1931.

NOTA.— *Fernando Robles*, de la Federación Latino - Amreicana: Pertenece a la nueva generación mexicana. Cursó Filosofía, Letras en la Universidad de París. Estudió además en las Universidades de Londres, Columbia (New York, y Roma. En 1925 publicó en Madrid su primera novela. Viaja ahora por la América del Sur. Tiene 30 años. Nos lo ha recomendado José Vasconselos.

Poesías de Emilio Ballagas

—Del libro: *Poemas en menguante*. La Habana. 1931

Inicial del sueño

¡Cuánta nada que hacer! Puro
resbalar sobre esta nieve
que esconde un mundo ignorado:
—palabras, formas, colores . . .

Nieve, no: palomas lentas,
secretas palpitaciones
que de cándidas apenas
se les mira el aletear.

Afuera llaman. Me llaman
del mundo real, una mano
oprime el pulso de un timbre:
suelta bandadas eléctricas
de pajaritos metálicos.

Pero yo sigo desnudo
de ayer, de hoy, de mañana;
puro
ligero de anécdota
tullido sobre la dalia
enhiesta, quieta del ocio.

Sueño burbujas. Las miro
volar, huir, irisarse.
Busco, me pierdo . . . quisiera
vagar en aquel color.
Esconderme.
Ser el eje
sereno, inmóvil de una
rueda de Newton en donde
viajan los siete donceles
a conquistar la luz blanca.

Suaves alondras del tacto
cantan ahora en mis dedos
yacentes sobre una rosa
imaginaria.
Me fugo
en aquella línea larga,
inverosímil, sinuosa . . .
por donde se llega al sueño.

Viento de la luz de junio

Llévame por donde quieras:
viento de la luz de Junio
—remolino de lo eterno.

¿Adónde?
Si ya he ido, si ya vuelvo.
Si ya nada quiero, nada;
ni lo que tengo, ni aquello
que estuve soñando ayer.

Ahora por no querer
y no saber lo que quiero,
lo quiero todo . . . ¡Qué júbilo!
¡Qué beato ahogarme en tu oleaje!
Soy como un niño que estrena
la pura emoción del quiero.
Ay, la espuma, lo lejano
y aquellas voces, naranjas
—tacto, color y fragancia—
que se mecen en las frondas
como sorpresas redondas.

Llévame adonde tú quieras
—tú me ciñes, tú me vences—
que ahora me rindo dócil
a tu voluntad viajera,
luz de jugar y de huir . . .

Llévame, llévame, llévame
a secuestrarme en lo eterno
—ansia, oleaje, grupa, crin—
Viento de la luz de Junio.

Poema de la jícara

Jícara.

Qué rico sabor de jícara
gritar: "Jícara".

Jícara blanca,
jícara negra.

Jícara,
con agua fresca de pozo,
con agua fresca de cielo
profundo, umbrío y redondo.

Jícara con leche espesa
de trébol fragante—ubre—
con cuatro pétalos tibios.

Pero . . . no, no, no
no quiero jícara blanca ni negra.

Sino su nombre tan sólo
sabor de aire y de río—

Jícara,
Y otra vez: JICARA.

* * *

Qué me cierren los ojos con uvas—
Diáfana, honda plenitud de curvas.

(Ancho sabor de tierra,
lengua húmeda de la noche).

Que me envuelva un incendio de manzanas.

Que me envuelvan—presagio de pulpa—
en ciruelas de tacto perfumado . . .

Inundadme
en pleamar de pétalos y trinos.

Qué me ciñan—¡ceñidme!—de eclípticas
azules.

Poema de la ele

Tierno glú-glú de la ele,
ele espiral del glú-glú.
En glorígloro aletear:
palma, clarín, ola, abril . . .

Tierno la-le-li-lo-lu,
verde tierno, glorimar . . .
ukelele . . . balalaika . . .

En glorígloro aletear,
libre, suelto, saltarín,
tierno glú-glú de la ele.

Inicial angélica

—*Envío del autor*—

Ramón Gómez de la Serna, gran cauboy, ensarta en el hombro en punta de Juan Cocteau la responsabilidad gravísima de haber traído los ángeles. Los ángeles que Rafael Alberti ha pintado con luces de difícil y previa intimidad. Y los ángeles—la verdad sea dicha—han tragado mucho viento hasta llegar a la poesía. A la nuestra, sobre todas. Han venido con vuelo tímido, asustadizo, con las alas engrasadas para el vuelo de regreso, con ticket de ida y vuelta. Nos han rondado a distancia hasta saber que no había trampa ni ese lloro de perro perdiguero—irresistible—que paraliza la sangre de las codornices. Fue en Juan Ramón Jiménez donde empezamos a palpar la presencia angélica que nos anunciaba Enrique González Martínez desde su Méjico de ángeles rebeldes. Pero ahora—en este 1931 a media edad—es que llegan con la pluma tostada del calor excesivo y el ánimo recelando de la policía machadista los ángeles auténticos.

Los poetas de anteayer—los que daban el ejemplo, el santo y la seña a mi generación lírica—no gozaban de la plenitud angélica. No podían gozarla. Todavía los vuelos se hacían de rumores consabidos. Al morir coleaban—como las lagartijas que tienen manos de ángel malo—los ángeles de la imitación: a los que había que saludar con la puntualidad verbal que nos quedó de Rubén Darío e imaginar—¡imaginar!—con las plumas en filas simétricas y machihembradas, alargándose al acercarse a la punta del ala para dejar escapar mejor el mensaje de Dios en que está la virtud angélica.

Mi generación vió a los ángeles, pero cuando venían al llamado poético componían, muy juntos por el miedo y con las alas cruzadas por detrás—tan difíciles de acomodar con elegancia—un parlamento más que un coro. Y en los ángeles—anótese—la capacidad coral es la medida de la autenticidad. Juntos en coro es cuando se sacan del pecho ambiguo el habla milagrosa que se les ha encargado trasmitir. Esa habla de rumores dispersos que sólo los poetas de ahora anotan cabalmente. Los míos eran ángeles genuinos—¿cómo dudarlo? Llegaban al amanecer, mojados de neblina. Venían los negros: ángeles de tinieblas, los blancos: ángeles de luz. Me miraban de frente largamente, con aquella bobalicona solicitud de los querubes que tienden el mantel junto al San Diego orante de Murillo. Pero sólo los manteles se ponían. El pan de los ángeles no llegaba. Era que viles rumores se levantaban entre los ángeles y mi ansiedad. Los ángeles negros, que viajan con una

(Pasa a la página 311)

reserva de malicia en el mensaje, percibían el ruido aislador, daban la voz de alarma y todos, blancos y negros, con los ojos muy redondos y las alas unidas por las puntas—nadadores listos para la piscina del aire—se disparaban con puntería divina por la ventana entreabierta.

Desde los *Poemas en menguante* los ángeles nuevos fueron perdiendo su esquivez. ¿Nos trajo Mariano Brull los ángeles de París, nacidos de la cabeza de Juan Cocteau? No lo sabemos. Ahora, es lo que importa, descansan con las alas sin sobresalto a la diestra de nuestros poetas y no miran con el rabillo del ojo el tamaño de las ventanas vecinas. Es que nuestros poetas—¡al fin!—han entregado el mando a los ángeles. Ya están los ángeles haciendo de las suyas.

Este libro es un libro angélico, es decir, un libro salvado. Tiene el querer limpio, el júbilo y la fuga del niño y del ángel. Porque hasta hoy los poetas—los hombres—han empedernido en flagrante traición angélica. Los ángeles quedaron en la tierra para hacerla nueva cada mañana, para inyectar ansia auroral en cada noche. Pero los hombres, a los seis días, taparion el oído al aliento de Dios. Y desde el día séptimo han repetido feamente los mismos cantos concéntricos enfilando el de hoy en la carrilera dejada por el de ayer. Los hombres—y los poetas—han hecho caminos con el recuerdo. Por eso todos los caminos llevan al comienzo. Y ninguno al temblor sin caminos que está antes de comenzar.

En este libro de Emilio Ballagas se quiere sin historia:

"Soy como un niño que estrena
la pura emoción del quiero",

se andan rumbos extraviados porque extraviarse es verse en lo desconocido, crearse angélicamente la vía, hacerla de la resonancia que viene de la nube, nunca igual a sí misma. Se hunde el poeta en lo íntimo y en lo lejano—ansia, oleaje, grupa, crín"—y lo extranjero, como lo entrañable, tiembla en el soplo angélico sin conciencia de su voz. El poeta clamará como entre llamas—ángel caído—su sed niña:

"Llévame, llévame, llévame
a secuestrarme en lo eterno
—ansia, oleaje, grupa, crín—
Viento de la luz de junio".

O palpará la piel de las cosas con la ingenuidad táctil que resbala sobre ellas lujuriosamente, en un luping hacia el tiempo sin minutero.

"Qué me envuelva un incendio de manzanas"
"Que me envuelvan—presagio de pulpa—
en ciruelas de tacto perfumado . . . "
"Que me ciñan—ceñidme—de eclípticas azules".

En este libro jubiloso hay tragedia angélica: lucha del ángel con el hombre. La pureza de estos versos—y su temperatura humana—han sido defendidas palmo a palmo. Porque Emilio Ballagas no prefiere, como Eugenio Florit, a esos ángeles de élitros de acero y ebonita que hacen vibrar eléctricamente el aire nadado. El ángel que grita quiere gritar sin escalas, sólo por el juego jitanjafórico de tocarse en el grito:

"Palma, clarín, ola, abril.
Verde tierno, glorimar . . .
Tierno glú-glú de la ele".

y el poeta quiere embridar el grito insurrecto sin perder el temblor de la garganta gozosa. Por esta puga penetramos en el el mensaje, recibimos la descarga angélica a través de la sangre de hombre contaminada, en el forcejeo, de las distancias sin inicio.

Emilio Ballagas ha noblevivido la presencia angélica y nos la ha dado desnuda. Este libro está salvado.

Juan Marinello

La Habana, 1931.

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los Autores y de las Casas editoras)

De la editorial "Espasa-Calpe", de Madrid, nos llegan estas dos obras:

Benjamín Jarnes: *Escenas junto a la muerte.* Novela.

J. Gotteland: *Hacia la educación integra física, intelectual y moral.* Traducida al castellano por Joaquín de Aguilera y Osorio.

En la famosas Ediciones de "La Lectura".

Director general de Instrucción Pública, Bellas Artes y Antigüedades en Marruecos, es el señor J. Gotteland.

Continúa la Editorial "Cenit", de Madrid, en la buena labor. Hoy hemos recibido sus últimas ediciones:

Lenin: *Cartas íntimas.* Prologadas por la hermana del autor. Traducción directa del ruso por Andrés Nin.

En la serie "Documentos vivos".

Lobagola: *Autobiografía de un soldado africano.* Traducción directa del inglés por F. Menéndez y Arranz.

En la Colección: "Razas, países, pueblos".

Lion Feuchtwanger: *La Duquesa fea;* versión directa del alemán por Luis Lopes-Ballesteros y de Torres.

En la serie "La novela histórica".

Marcel Aymé: *La calle sin nombre.* Traducción castellana por César Vallejo.

En la serie "La novela proletaria".

Chares Yale Harrison: *Ha nacido un niño.* Traducción del inglés por Javier Ledesma.

En la Colección "La novela proletaria".

Henri Barbusse: *El Infierno.* Traducción del francés por José María Quiroga Pla.

En la serie "Novelistas nuevos".

Ernest Toller: *Hinkemann* (Tragedia). *Los destructores de máquinas* (Drama). Traducción del alemán por Rudolfo Halffter.

Cortesía de los autores:

Arturo Cambours Ocampo: *La novísima poesía argentina.* (Colección). Ediciones de la revista "Letras". Buenos Aires.

Arturo Mejía Nieto: *El solterón.* Buenos Aires. 1931.

Con el autor de estos cuentos: Moreno 970. Buenos Aires. República Argentina.

José C. Belbey: *Motivos entrerrianos.* M. Gleizer editor. Buenos Aires. 1931.

Con el autor: Lavalle 1536, Buenos Aires. República Argentina.

Guillermo Bouch: *Los vanos rencores.* Poemas. Ediciones "Dax". Santiago de Chile. 1931.

Con el autor: Calle Santo Domingo 1019. Santiago de Chile.

Braulio Mate: *El mundo en quiebra.*

Con el autor: Zaprola 998. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Sacamos de la incitante (léanla, jóvenes) obrita *Misión de la Universidad,* por José Ortega y Gasset, "Revista de Occidente", Madrid, página 100:

La virtud del niño es el deseo, y su papel, soñar. Pero la virtud del hombre es querer, y su papel hacer, realizar (1). El imperativo de hacer, de conseguir efectivamente algo, nos fuerza a limitarnos. Y eso, limitarse, es la verdad, la autenticidad de la vida. Por eso toda vida es destino. Si fuese nuestra existencia ilimitada en formas posibles y en duración, no habría destino. ¡Jóvenes, la vida auténtica consiste en la alegre aceptación del inexorable destino, de nuestra incanjeable limitación! Eso es lo que con honda intuición llamaban los místicos hallarse en "estado de gracia". El que de verdad ha aceptado una vez *su* destino, su limitación, quien le ha dicho "sí", es inconmovible.—*Impavidum ferient ruinae!*

. . . el libro—que conforme pasa el tiempo más amirable parece—de Radl, *Geschichte der biologischen Theorien* (2).

José Ortega y Gasset

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones posteriores.

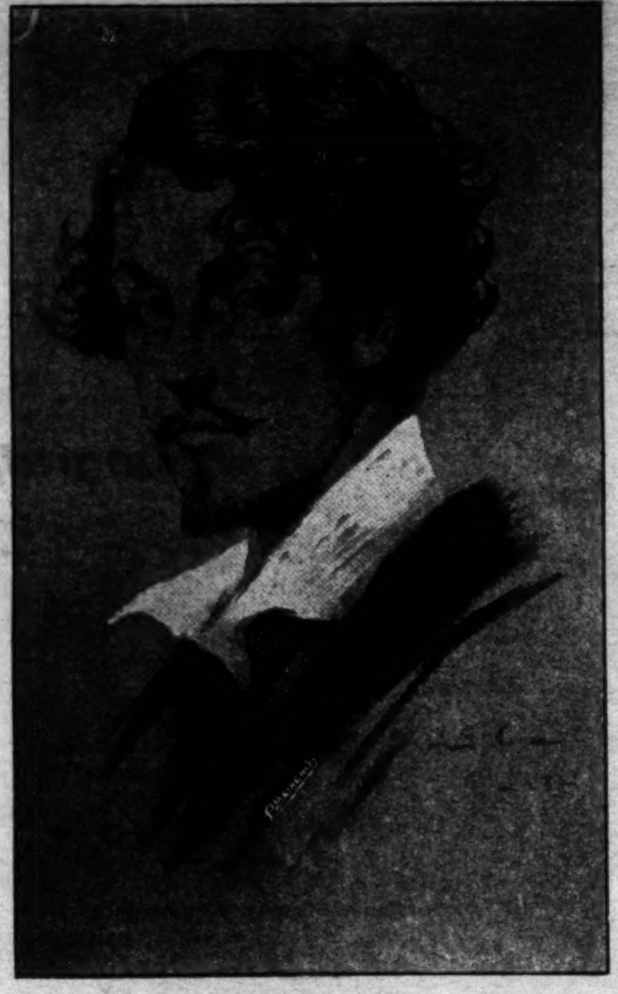
(1) El querer se diferencia del deseo en que es siempre un *querer hacer, querer lograr.*

(2) *La Revista de Occidente,* de Madrid, ha sacado ya el tomo I. Em. Radl, *Historia de las teorías biológicas.* Hasta el siglo XIX. Precio ₡ 10.00.

Miedo y vigilia de Gustavo Adolfo Bécquer

—*Envío del autor*—

Gustavo Adolfo Bécquer no dormía. Nunco pudo dormir, aunque los ojos de su cuerpo se cerraran. Tenía fiebre. Recostado a la orilla de su lecho, veía desfilar, lentas e interminables, las horas al rojo de su vida. Apagada la luz, tal vez abierta alguna hoja de la ventana, perdido "en ese limbo en que cambian de forma los objetos", era cuando su alma percibía, penetraba, adelgazándose, ese mundo confuso, desdibujado, donde las cosas aún no tienen nombre y hay que irlas extrayendo de las nieblas, para moldearlas, denominarlas y, luego, ya una vez desprendidas de su centro, darles cuerpo de tierra y sangre de poesía. Pero para que el alma pueda navegar, recorrer ese mundo de sombras que aún no han dicho su primera palabra, ese hemisferio norte de desconocidos que aún ignoran la luz y el movimiento, necesita antes haber hecho de sus cinco sentidos cinco heridas anchas y profundas, capaces de absorber y ensangrentar toda la atmósfera que rodea, que envuelve y oculta en sus capas de humo la vida futura, poética, de esos extraños seres, oscilantes o inmóviles. Y el alma de Gustavo Adolfo se había abierto en la piel, barrenándoselas, esas hondas heridas, como cinco largos corredores oscuros, donde los pasos y los ruidos más leves despiertan en sus bóvedas los ecos más tristes y recónditos. Y no dormía. Y era en este sangrante estado de insomnio cuando las almohadas de su lecho se llenaban de rumores desconocidos y oía voces lejanas que le llamaban por su nombre, como desde el otro lado del mundo. Entonces tiene miedo. No sabe aún lo que sucede; pero su alcoba se ha ido llenando poco a poco de un angustioso olor a cera derretida, a incienso, a humedades de criptas abandonadas, a muerte. Cierra por unos instantes los ojos, pero para llorar, desesperado, al abrirlos. Acaba de saber que ha muerto alguno que él quería. ¿Cómo? ¿Por dónde? ¿Qué huésped de las nieblas le ha visitado durante ese corto olvido de su sueño para traerle la noticia? No lo sé con certeza. Pero el alma de Bécquer, según él mismo descubre en uno de sus últimos poemas, se movía, mientras la noche, por unos altos espacios habitados de "gentes" desconocidas, mudas, que convivían con ella breves horas, en silencio. ¿Quiénes eran? ¿Cómo eran? ¿Qué forman tenían? Si él alguna vez lo supo, no quiso revelarlo. Yo sólo sé decir que la alcoba de Gustavo Adolfo estaba llena de espíritus que, a veces, tomarían cuerpo de objetos y seres determinados, pero que casi siempre eran impalpables, nebulosos, indefinidos: fantasmas. Y estos fantasmas eran los que le vigilaban su vigilia; los que él, a fuerza de agrandar los ojos en lo oscuro y hundir su brazo en el vacío, llegaba a palpar, a coger con la mano, a concretar, haciéndolos luego, al fundirles su sangre, criaturas tangibles de su poesía.



Gustavo Adolfo Bécquer

Todas las *Rimas* de Bécquer a mí se me aparecen como escritas a tientas, por la noche, sentado o recostado al borde de su lecho. Y ya se sabe que un lecho es una tumba, o como la losa blanca de una tumba que aun no ha abierto la boca para devorarnos, y que si apoyamos el oído contra ella podemos escuchar como un rumor sordo y vacío, que es sin duda la voz con que los sepulcros reclaman nuestros cuerpos. Y Bécquer, espantado, escuchaba y vigilaba esa voz, sin poderse dormir. Y lo mismo que algunos ángeles que vemos en los cementerios velando a la orilla de las fosas, escribía sus *Rimas*. Pero él no era de mármol; él era un pobre ángel de carne y hueso, perdido en una fría alcoba, sobresaltado por el crujir de las maderas, por el temblar de los muros, los cabezazos del viento y el fustigar de la lluvia en los cristales. Y tenía miedo, solitario en la noche oscura de su alma. Miedo de encontrarse a solas con sus dolores, acechado por recuerdos que se le agigantaban, atenazándole por la garganta, hasta hacerle arrancar los estertores más entrecortados. Miedo de unos ojos que se le aparecían en las paredes, que le espiaban, a veces desasidos, desde los ángulos de los cuatro rincones. Y pensaba: ¿Cuándo amanecerá? Porque vivía entra nieblas que le velaban el alba, y las rendijas de su cuerto nunca se habían visto dibujadas de luz. ¡Qué angustia! Él ya ha sentido antes subirle hasta la punta de los dedos ese golpe de sangre que nos manda empuñar, de súbito, un revólver o una navaja. Y ahora, de pronto, se le crispa esta mano. Tiene miedo. Ha sufrido, ha envejecido en una sola noche, le han engañado y traicionado. ¿Adónde ir? Conoce ya los cardos, las aulagas, las ortigas, los brazos de las zarzas que a la revuelta de un camino, de repente, nos tiran de la carne, saltándonos las venas. No desconoce tampoco las ruinas, las piedras que han adorado al cielo desde cerca y ahora son nidos de lagartos y duermen ignoradas de las estrellas y las nubes. Ha descendido al fondo de los pozos y ha vuelto de los abismos con el alma trastornada de espanto. Ha clamado en medio de la noche y sólo le han oído los buhos, las campanas y las hojas caídas, pisoteadas en el barro. Ya el mundo está desierto. Quiere dormir. Tiene sueño. Necesita escaparse de la niebla, ser huésped de la luz, huir de los fantasmas, deshacerse de una vez para siempre en el aire. Morir.

¡Oh, qué amor tan callado el de la muerte!
¡Qué sueño el del sepulcro tan tranquilo!

Sueño, morir, sueño, dormir; despertar en el alba, ver si hay también golondrinas del otro lado del cielo. No puede más. Los relojes le duelen. Los oye con el corazón, que se le para ya, de cuando en cuando, y se ahoga. ¿Es esto la agonía? Sí, debe serlo, porque le parece que el techo de su alcoba se ha ido abriendo despacio y que una nieve venida de Noruega le va petrificando, blanqueándole con una cal helada todo el cuerpo. Pero todavía le viven los ojos, agrandados ahora como nunca. ¿Adónde irán, cuando los cierre, esos fantasmas de sus noches? ¿Se quedarán dentro de él para hacerle imposible la vida inacabable de su muerte? ¿ Dejarán de existir cuando él ya no exista? ¿Cómo explicar que el frío, que la nieve, no los vuelvan de hielo en medio de la atmósfera, haciéndoles caer a la tierra, rotos en mil pedazos? ¡Oh, dormir, no volverlos a ver, dejarlos para siempre fuera de su vista! ¡Amanecer, despertarse sin ellos!

Cuando, por fin, Gustavo Adolfo Bécquer dobla la cabeza con los ojos cerrados definitivamente, y su espíritu sube los últimos escabeles del umbral de la gloria, es recibido al alba por un nido de ángeles colgado, como los de los pájaros, a una alta enredadera de capanillas azules.

Rafael Alberti

Italia, agosto 1931.

Historia de un niño

—De *Crisol*. Madrid—



Pablo Iglesias

Dos niños han venido a Madrid; los trae su madre; no tienen padre; vienen de una lejana provincia. Han venido toda la noche en un coche de tercera; a la madrugada, los dos niños habrán tenido frío, acurrucaditos en un ángulo del vagón. Llegar a Madrid, poner el pie en el andén de una estación es cosa indiferente, cuando no grata, si le espera al viajero un automóvil y si un criado está ya allí para cogerle las maletas. Llegar a Madrid, poner el pie en el andén, cuando se es pobre y no se tiene por delante esperanza ninguna, es cosa muy distinta. Al llegar a Madrid, después de tantas horas de tren, los dos niños y su madre se habrán detenido un poco en la sala de la estación. Ya estaban en Madrid; allá lejos quedaba el país natal; ahora no sabían estos niños, no sabía esta madre, lo que les iba a suceder. El criado de una casa grande era conocido de la madre; si el señor de esa casa, por indicación de su servidor, tendía su mano a los infelices que acababan de llegar, ya se habían salvado. En marcha hacia un modesto refugio; después, sin tardar, a ver al paisano. El palacio del señor estaba en la calle Ancha de San Bernardo; llegarían los dos niños y su madre casi temblando de emoción; los dos niños irían cogidos de las manos de la pobre mujer; la madre caminaría en medio. Preguntaron en la puerta por el criado conocido; este otro servidor mira el grupo con lástima. Ha escuchado la pregunta, tarda un poco en responder. Si ha tardado en responder es porque el amigo de estos infelices ha muerto hace bastantes días. Una vez, en Granada—hace de esto mucho tiempo—, un gran señor, que estaba en el balcón, vió cómo un niño discutía con otro; tales eran las razones de este niño, tales su desembarazo y elocuencia, que el señor lo mandó entrar en su palacio. Y ésa fue la fortuna de aquel niño, que se llamaba Luisito Sarriá. En las historias de la literatura española habréis visto muchas veces su nombre, que en la religión que abrazó el niño era el de fray Luis de Granada. ¿Sería un bien o sería un mal el que la buena mujer que vino con los dos niños a Madrid no pudiera encontrar protección en el señor de la calle Ancha? Si uno de estos dos niños hubiera sido protegido por el gran señor, ¿no hubiera tomado su vida un rumbo distinto del que, felizmente para España, para los trabajadores, para todos los que sufren, tomó? Estos dos niños se llamaban uno Manolín, el otro Pablito; en su tierra hacían del nombre Pablo otro diminutivo; nosotros damos a este niño el nombre que nos parece más cariñoso. Como la madre de fray Luis de Granada fue lavandera, así la madre de Pablito y Manolín fue lavandera también para poder vivir. Y los niños fueron internados en un establecimiento de beneficiencia. ¿Sabéis lo que son, a veces, no todas, estos establecimientos en que se da albergue a los niños pobres? Pues son casas de martirio; siempre hay un personaje oficial, sin entrañas, en quien el dolor de los niños no hace impresión; siempre hay almas duras que se lucran con el dolor, con la salud de los niños asilados. Manolín y Pablito eran débiles; habían llevado una niñez de privaciones; sus pechos se resentían; sus caritas estaban pálidas. Y aquí, en esta casa donde los metieron, sufrieron mucho. Pablito logró escaparse; Manolín murió después. Estaba sola en el mundo la buena mujer; Manolín ya no podía acompañarla; tenía a Pablito. Como los trabajos de lavandera daban poco, Pablito se lanzó a buscar algo en que trabajar. Comienza la vida heroica de este niño. Si antes, con visión capital, lo hemos visto sufriendo en un establecimiento benéfico, ahora lo iremos viendo desenvolverse poco a poco, con mil trabajos, con afanes, con dolores, con sufrimientos. De su estancia en el benéfico establecimiento le quedará siempre a este hombre un rescoldo íntimo, profundo, de amargura. Tengamos presente en todo momento esta levadura íntima que Pablo ha formado en el fondo de su ser durante los meses que en el establecimiento benéfico pasara. Lo que somos de niños, somos de hombres; la impresión esencial que hemos recogido en la vida cuando éramos niños será la impresión que ha de dominar durante toda nuestra existencia. Pablo tendrá siempre para el oprimido, para el explotado, para el doliente, esta piedad profunda, que él, en su infancia, recogiera mirando y considerando su propio ser. Vemos a Pablito siendo niño; lo vemos después, andando el tiempo, en el cuarto de una casa de corredor, una de esas casas en que las habitaciones dan todas a una galería. Vive aquí con su madre. Pero él necesita estudiar en los momentos en que el trabajo le deja libre. De esta casa se trasladaron a otra. Pablo gana ya un buen jornal; pueden vivir él y su madre con cierto desahogo. Los años van pasando; el nombre de Pablo se va extendiendo. Le quieren todos; le conocen las gentes.

Un día muere la madre. El dolor es vivísimo. Desde la lejana provincia, hasta Madrid en las horas adversas, que han sido casi todas, y en las placenteras, que han sido pocas, la madre ha acompañado al hijo; la mano de la madre, en esas horas de angustia y de alegría, siempre ha estado entre las dos manos recias y leales del hijo. Ahora Pablo se halla solo. Luchará por los que sufren, por los que trabajan. La primera visión que hemos tenido de Pablo ha sido en un caserón tétrico y terrible; la segunda, en el cuarto de una casa de vecindad. La tercera es en la sala ancha, fría, penumbrosa de la redacción de un periódico. La cama la ha puesto Pablo en el extremo de un pasillo; la mesa de trabajo, en la sala. No hay para cuidar la redacción—que es la redacción del primitivo *Socialista* — más que un anciano y dos viejecitas. El anciano se pasa el día en su trabajo, fuera de la casa; las dos viejas cosen a máquina. Hay silencio en la casa, que es lo que a Pablo le interesa. Para vivir tiene una cantidad fabulosa. Claro que es fabulosa—ahora nos lo parece—por lo exigua. Con treinta y cinco pesetas vive Pablo espléndidamente. ¿Quién podrá ser superior a él? ¿Superior a este hombre que vive en el silencio de esta casa y que con su pluma y su palabra labora por un porvenir de trabajo y de justicia? Acordaos de que el fondo antiguo y primario que recogió Pablo siendo niño, ese fondo de profunda piedad, es el que hace ahora que la pluma de Pablo se mueva y que la palabra de este hombre sea elocuente. En la sala fría de la redacción, es el mismo que en los años de la niñez. Más tarde, ya famoso, adorado por las muchedumbres, le hemos de ver en su escaño del Congreso, erguido, airado, lanzando los más terribles anatemas. Y entonces será el mismo hombre también del caserón benéfico y de la sala de redacción. A través del tiempo, a lo largo de los años, la misma sustancia espiritual perdura. La vida nacional se ha ido desenvolviendo; crece el socialismo en España; se ganan elecciones legislativas; en los Ayuntamientos el socialismo cuenta ya con muchos representantes; se publican diversos periódicos en que el ideal socialista es defendido. Con el incremento del socialismo va ganando en relieve y en vigor, en popularidad y en adhesión cordial, la figura de Pablo Iglesias. Y Pablo Iglesias, siendo una gran figura en su país, siendo el alma del socialismo, es el mismo niño de antaño. Un niño ha sido siempre Pablo Iglesias; un niño que ha sufrido. Y ésa es precisamente su fuerza. Ser durante toda la vida un niño, un niño apia-

dado del dolor ajeno, es la mayor ventura que puede tener un político. Con su capita modesta, sin atreverse a usar un gabán; con su capita pobre, este hombre representa una fuerza poderosa en la política española. No ha desempeñado ningún cargo oficial; no tiene que ver nada con el Estado. Otros hombres de muchedumbres, como don Francisco Pi y Margall, han pasado por las esferas oficiales. De su paso por esas regiones siempre conservan como un matiz imborrable. Lo oficial, sin que se quiera, aun siendo todo lo legítimos que se quiera, siempre pone en torno de la figura un ambiente que no es el mismo de quien no ha tenido nunca roce con el Estado. A Pablo Iglesias no podemos imaginárnoslo con un cargo, con una sinecura, con un galardón. Es él solo, sin el ambiente del Estado; es él solo, con su propio ambiente, el que queremos, el que se lleva nuestras miradas cariñosas y nuestra adhesión cordial. Se las lleva, siendo, como ha sido, puro, íntegro, bondadoso. Lo ha sido en su niñez, cuando se rebelaba contra los sufrimientos del odioso establecimiento, y cuando vivía en el cuartito de la casa de vecindad, y cuando puso su mesa en el rincón de la sala fría, y cuando, a impulsos de su íntimo fondo de amargura, se levantaba airado en su escaño del Congreso. Y no hay más Pablo Iglesias que éste: un Pablo Iglesias que con su capita modesta, con su gesto de tigre, al levantarse en el Congreso, siendo todo corazón, gesto de ira contra la iniquidad; un Pablo Iglesias que no siendo nada, puesto que en la esfera del Estado no era nada, lo es, sin embargo, todo. Contraste tal, es toda la vida de Iglesias y toda su fuerza enorme.

Juan José Morato acaba de publicar una excelente vida de Pablo Iglesias; el mismo autor había publicado antes una interesante historia de la Internacional en nuestro país. Ambos libros son indispensables para quienes deseen conocer el origen y desenvolvimiento del socialismo en España.

Azorín

Nota.—Hágase, lector, de la vida de Pablo Iglesias contada por Juan José Morato. Precio ₡ 3.50. Con el Adm. del *Rep. Am.*

El escultor costarricense Juan Ml. Sánchez

Juan Manuel Sánchez, escultor joven, es de raza indígena en un 80 por ciento, y la sangre le dicta muchas cosas a su arte. Trabaja en las afueras de la ciudad en un taller donde se fabrican santos y lucha con la pobreza como con las piedras que labra. Cuenta lo trágico que es estar puliéndole la nariz a una virgen hasta dejarla fina, al gusto del burgues, mientras la cabeza anda creando obras que no se realizan por falta de tiempo y sobra de cansancio. Después del trabajo diario no siempre se resiste el pelear con la piedra, sobre todo él, que como el indígena nuestro, es flaco y ligero aunque tenga las manos firmes.

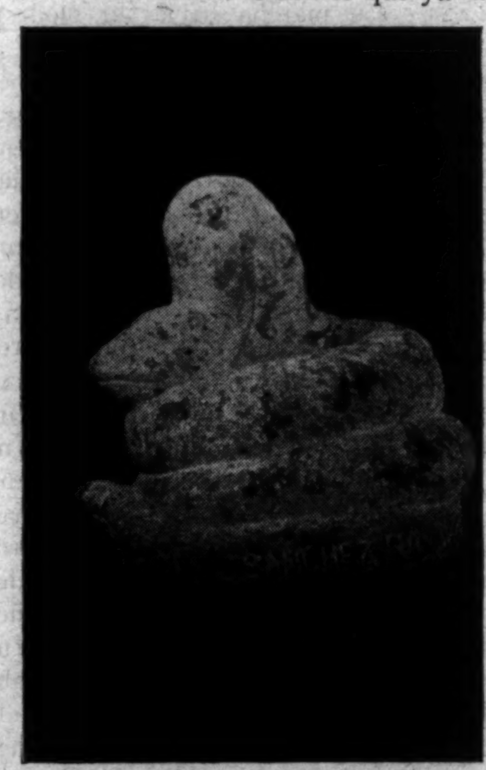


Cabeza, esculpida en piedra.
Por *Juan Ml. Sánchez.*

Trabaja temas sencillos, mano femenina, mano masculina, culebra cascabel, y cabezas en que la piedra se ha ablandado como carne de poro hondo. Aquellas calidades esenciales a la escultura sana se encuentran en estas creaciones. La unidad que nace del ceñirse a las posibilidades honradas del material, el sentido plástico, la construcción arquitectónica que le ha quedado pegada a la buena escultura, cuando ésta se echó a andar sola, y en fin ese siempre misterioso aliento que hace que entre dos obras perfectamente acabadas, una sea artística y otra vulgar.

La *Culebra cascabel* puede confundirse con las cosas precoloniales de mayor pureza. La tradición indígena pasa a través de Sánchez y por esto es que resulta original sin esforzarse por serlo; esto puede llamarse arte que no está enfermo sino sano por la buena sangre autóctona. Mucho se repite la similitud de lo oriental y lo americano, y aquí se confirma sobradamente. Como los japoneses, sabe que un mono puede en el arte valer más que un hombre, y una flor y un pájaro más que el retrato del emperador. Hay que aventar largo esta literatura que meten los malos artesanos en sus obras; un cuadro compuesto con 3 colores no vale menos que uno compuesto con 8. Cezanne hizo ver que las naturalezas muertas tienen tanta humanidad como los retratos, destruyendo la jerarquía de los temas. Claro está que cuando Sánchez con esa fe de niño que tienen los artistas, alínea sus obras a la corriente de todas las miradas, las opiniones se dividen, y los que se dicen más obligados a entender por su experiencia y labor seria y larga, no descubren que tienen ante sus ojos a uno de los primeros escultores de la juventud.

Hay muchas cosas que dicen y escriben los escultores sobre arte y sobre sí mismos, que aclaran el sentido de su trabajo, y la estética que va cayendo de sus obras. Hablando de la belleza, de esta palabra que a veces se utiliza para negar el arte, escribe Sánchez: "Prefiero la que paradójicamente podría llamarse *belleza de la fealdad,* efigies de serse enfermos, viejos y deformes. Desde este punto de vista merecen mi más fervorosa admiración obras de Rodín como —el hombre de la naríz rota—el pensador — la vieja yelmera — etc". Las obras de este sincero admirador de Rodín no tienen el impresionismo que es le huella del gran escultor—van rectas a un orden más severo. Esta preferencia es más bien por los tipos, y también parece una reacción contra lo bonito que ya nada dice al espíritu. Me ha contado Sánchez cómo lo hipnotizaron las serpientes exhibidas vivas en la vitrina de un laboratorio, cómo pegando sus ojos a los cristales pudo mirar de muy cerca desenvolverse lentamente la culebra creando en sus curvas el repertorio de la sensualidad. Si hubiera sido músico, decía: "habría compuesto algo que sirviera para una danza". Cuando hemos ido al mueso lo he visto deternerse religiosamente a mirar cómo los indios guardaban alma en la piedra y a acariciar con la vista este material rudo suavizado por la paciencia del indígena.—Quiere buscar el medio que más aliento pueda darle, primero irse a Méjico, luego a Europa y después a terminar sus días amurallado entre nuestras montañas, sacándoles belleza y sentido a las cosas que nos pusieron sobre la tierra.



Culebra cascabel, esculpida en piedra.
Por *Juan Ml. Sánchez.*

F. Amighetti

San José de Costa Rica, Nov. de 1931.

La vida de Faraday, el gran inventor

=De *La Nación*. Buenos Aires.=

Si hay algún invento del que cabe decir que revolucionó al mundo, ese es, probablemente, el de Miguel Faraday, quien demostró, en agosto de 1831, que las corrientes eléctricas podían ser inducidas. El centenario de la época en que se realizó el descubrimiento, que anticipó el dinamo e, inclusive, todos los sorprendentes progresos que se registraron en el reino de la electricidad durante el siglo XX, se celebra actualmente en el mundo entero con unas proporciones casi sin precedentes.

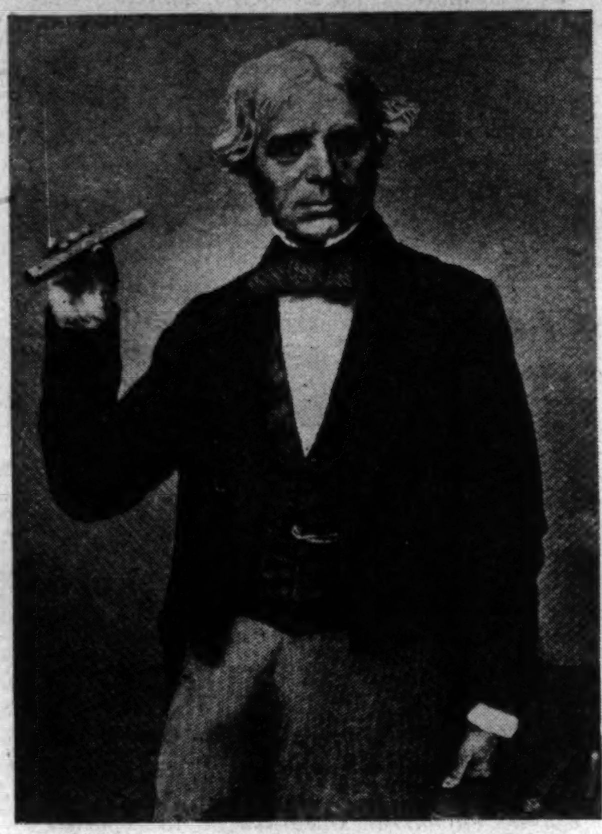
Pero para mí, y para muchos otros, Faraday no será un gran hombre únicamente por sus investigaciones en casi todas las ramas de la ciencia, sino también porque se negó en forma obstinada a convertir sus conocimientos en dinero. Miguel Faraday era hijo de padres pobres y murió en medio de relativa pobreza. Sus descubrimientos, no obstante, redundaron en patentes que deben haber aportado a otras personas centenares de miles de libras esterlinas. Esta actitud desinteresada del hombre de ciencia guarda completa correspondencia con su vida. El amor a sus semejantes apareció en él mezclado a un amor a la Verdad ya en sus pasos iniciales. Al emprender sus trabajos, en sus primeros tiempos de estudioso se prometió no vender nunca, para su explotación comercial, ningún descubrimiento o invención que creyese susceptible de libre aprovechamiento por la Humanidad.

Tyndall ha relatado que Faraday le confesó que, en uno de los períodos de su carrera científica, tuvo que preguntarse definitivamente si haría del dinero o de la ciencia el objeto de su obra. En la elección, se inclinó por la ciencia, a pesar de que después de 1831, época en que empezó a divulgar sus descubrimientos, muchos hombres de negocios le hubiesen pagado miles de libras esterlinas al año, por sus servicios. Su recompensa no consistía en las 10,000 libras esterlinas por año que acaso haya ganado en los últimos treinta años de su vida. Consistía, en cambio, en la gloria de llevar a Gran Bretaña a una situación de nación científica y consiste, asímismo, en el conocimiento de los beneficios que había dado a la civilización, fuese cual fuese el credo o la raza.

Durante treinta años, Faraday ejerció el cargo de consejero de Trinity House y sus observaciones respecto al sueldo de 200 libras indican su actitud.

"Puedo en cualquier momento convertir mi tiempo en dinero—dijo—, pero de este último no requiero más de lo suficiente para atender a las cosas necesarias. Por lo tanto, la suma de doscientas libras esterlinas me basta".

No ha de sorprender que este hombre se conquistase el amor y el afecto de todos los que entraban en relaciones con él. Su vida de casado, a despecho de su gran interés por su obra, se desenvolvió en condiciones perfectamente felices. A los treinta años de su enlace matrimonial, escribía a su esposa en los términos más afectivos. Una de sus cartas, escrita en Birmingham, en 1848, podría tomarse, por cierto, por la epístola de amor de un joven recientemente comprometido, en lugar de la de un marido de 27 años de matrimonio. Faraday rindió, probablemente, a su esposa su cumplimiento más grande al escribir veintiocho años después de su casamiento, que éste fue "un suceso que contribuyó más que ningún otro a mi feficidad terrenal y a mi saludable estado mental".



Miguel Faraday

Faraday no tuvo hijos. Su amor sincero por muchachos y muchachas se revelaba en sus conferencias a la gente joven. Hallaba satisfacción en la compañía de sus sobrinos y sobrinas. Entre mi padre y el gran hombre de ciencia existía un verdadero vínculo de afecto; la admiración de mi padre era ilimitada. Fui obligado a considerarle no sólo como uno de los hombres de ciencia más grandes del mundo, sino también como uno de los "hombres" más grandes. Mi padre nos llevaba todos los domingos a la tumba de Faraday, en el cementerio de Highgate.

A pesar de sus descubrimientos y de la fama que éstos le proporcionaron, Faraday continuó siendo intensamente humano. Alentaba una fe simple y hermosa. Profesó culto en una iglesia sandemaniana y, lo que resulta más curioso, sus descubrimientos científicos sirvieron en mucho para mostrar la verdad de las profecías de Swedenborg, hechas en el siglo XVIII. Swedenborg escribió sobre un buque que viajaría bajo el agua y arrojaría proyectiles a sus enemigos, sobre aparatos voladores "más pesados que el aire" y sobre la comunicación a través de largas distancias sin signos visibles.

El descubrimiento por Faraday del principio de la dinamo hizo posibles el submarino, el aeroplano y la radiotelegrafía, a la par que nos demostró que Swedenborg era un profeta de mayor relieve que lo que cualquiera de nosotros creía.

Las conferencias de Faraday para muchamos y muchachas fueron las primeras en su clase. Él destacó la importancia que revestía la explicación de la ciencia en los términos de la vida corriente a los legos. Charles Dickens, que dirigía el *Household Words,* se sintió tan atraído por sus conferencias acerca de "la ciencia a la hora del desayuno", que le escribió solicitándole permiso para utilizar sus notas en su diario. La corta, aunque interesante correspondencia cambiada entre estos dos hombres, el uno obrero en una fábrica de calzado a la que inmortalizó en la literatura, y aprendiz de encuadernador el otro que era el hombre de ciencia más famoso de sus días, todavía se conserva. Dickens fue un gran admirador de Faraday. Una de sus cartas revela que envió al sabio una de sus novelas en "pobre señal de respeto por su actuación pública y sus servicios".

Las seis conferencias sobre *La historia química de la bujía,* que Faraday pronunció durante las vacaciones de la Nochebuena de 1860, fueron recogidas por W. Crookes, más tarde Sir William Crookes, F. R. S. Es interesante leer cómo empiezan:

"Reclamo el privilegio de hablar a los jóvenes, como joven que soy. Y ahora, muchachos y muchachas"...

¿Sorprende que sus jóvenes parientes le adorasen? A lo largo de su vida permaneció siendo un niño en cuanto a corazón. Era capaz de interrumpir una disertación sobre elementos químicos y electricidad, para reírse con una representación de *Punch y Judy,* o comenzar a brincar en plena sala de conferencias.

Deben estimar los hombres de ciencia en su exacto valor los descubrimientos de Faraday. Conducen directamente al cable eléctrico, al telégrafo y al teléfono, a la dinamo, al magneto y a muchos otros inventos. Sólo es necesario imaginarse al mundo moderno privado de la electricidad para comprobar la grandeza de los descubrimientos de Faraday. Un mundo sin luces eléctricas, sin calefacción eléctrica, sin teléfonos, sin automóviles, sin aeroplanos y sin radiotelegrafía, ofrecería una impresión muy extraña. Poseo un recuerdo vívido de mi asistencia al teatro Savoy, de Londres, en ocasión en que se instalaba por primera vez la luz eléctrica en un lugar de diversiones. Las luces encerraban

casi tanto interés como la obra que se representaba . . . ¡Y añadiré que del nombre de ésta me he olvidado! Recuerdo, también, haber visto de niño a las zumbantes y brillantes lámparas de carbón y oír al pueblo decir:

"Estas son peores que las cosas que teníamos antes".

Faraday no vivió hasta contemplar los grandes frutos que nacieron de sus inventos. Esperaba que nosotros, sobrinos y sobrinas, seguiríamos sus huellas en los dominios de la ciencia, pero le defraudamos. Lo único que hemos hecho es mantener su nombre, del cual tenemos motivos sobrados para sentirnos orgullosos.

P. Michael Faraday

Poesías

—*Envío del autor*—

En las bodas

¡Vino! buen hijo,
porque el vino hace la fiesta.

Los ojos en que Él
llevaba el mundo,
pensaron:
sin vino, no hay fiesta.
El peso de este mundo
lo borra la sangre de la vid.

Padre:
permite que esta agua,
se torne en la alegría
de estas gentes.
Que salga de la tierra
la embriaguez que necesitan
para lograr conciencia de la vida.

Gracias, buen hijo:
les has dado la vida.
El vino
es el rojo disolvente de las penas.
Gracias, buen hijo,
porque el vino hace la fiesta.

Mi fastidio

Como entrar en un túnel que no tiene salida
como si el mundo fuera de un solo color,
sin que nadie se ausente eterna despedida
de mi propio fastidio cansado espectador.

Un no encontrar salientes en la rocosa vida,
que justifique en algo nuestra razón de ser.
Empeño en llenar odres que no han de dar medida
jornada eternamente desde antes de nacer.

Hachazos oigo en árbol: Severo he de caer.

Max Jiménez

Coronado, Noviembre de 1931.

Cuentos galantes
El hermano

—*Envío del autor*—

Ella era bellísima. De una elegante estatura, de un luminoso color blanco en que sus sonrisas eran siempre como un crepúsculo de rosas encendidas. Su mirada llena de animación y de alegría se diría una fiesta de primavera.

Era todo lo contrario de un hermano suyo. Un monstruo oscuro, contrahecho, vacilante, horrible. Apenas pudo balbucear la palabra mamá y lo decía de tal manera que producía una sensación de dolor el sólo oírlo.

Gran proyecto de matrimonio. El joven alemán Frederik von Hinrichs. Naturalmente, de la nobleza militar alemana. Educado en una alta escuela del Imperio. Aire arrogante y victorioso. Muy culto, muy diplomático. Von Hinrichs viene a comprar propiedades en el país; quiere dedicarse a negocios de café. Vive nuestro gran mundo. Deja siempre una impresión de modernidad caballeresca. Se lo figura uno dirigiendo un cuerpo de artillería. Tiene un mirar que es siempre sondeando una lejanía como espiritual a través de sus espejuelos de oro resplandeciente. Un mundo de ilusiones para la dama. Cuando ella habla de su novio con sus amigas, no sabe cómo llenar de preciosos calificativos a "su alemán". Perspectiva de un viaje a Alemania, el Rhin, Colonia, Leipzig, música de Wagner. Después un hogar alemán, un distinguidísimo hogar alemán. Unos rubios niños alemanes, como fueron las muñecas de su infancia brillante. Una noche de Navidad, estos lindos arbolitos de la Nochebuena germana. Y decir lich . . . El desastre. Intervención de un fino caballero costarricense. Necesidad de un viaje de von Hinrich. Es un llamado de familia. Conveniencia de desligarse de todo compromiso. Asombro en la dama. Por supuesto, inteligente discreción de mujer para aceptar las cosas con cierta elegante indiferencia. En lo íntimo, aguda tormenta. En lo más íntimo, acaso lágrimas furtivas. Talvez un sueño en que ella se prepara para un delicioso viaje. Apresuramiento. Cuando se llega al puerto, el barco ha levado anclas; se aleja, se aleja en el devorante horizonte marino, donde desaparecen todos los barcos . . .

Y días después, largos días después, cuando ha venido el período de reflexiones y análisis, la inquieta búsqueda de las causas misteriosas de los hechos. El preguntarse si se trata de una intriga, si el caballero alemán quiso jugar una amable aventura, tantas cosas! Está frente al espejo la dama bellísima. El espejo sonríe al recoger la imagen de la dama. Se oye en la cámara una voz horripilante:

—Ma . . . Ma . . . Parece el mugido de un buey o más bien de un hombre convertido en un buey.

Es el hermano que se arrastra, casi sobre las lujosas alfombras. Ella torna a verlo, se le queda mirando largo rato y por primera vez acaso, en su vida, en vez de sentir rencor por esta monstruosidad, la envuelve en una piadosa y sensible mirada, y desde lo hondo de su ser majestuoso surge una silenciosa interrogación:

—¿Sería por éste? . . .

El monstruo sigue arrastrándose hasta el espejo. También él hunde su imagen en las diáfanas aguas de este espejo y al verse, sonríe a su manera. El espejo parece esta mañana, horrorizado.

Rómulo Tovar

San José, Costa Rica, Nov. de 1931.

Estampas

Water from the Caribbean

Sirven las aguas del Caribe para bautizar las naves aéreas de la expansión imperialista yanqui

— Colaboración directa —

Repitamos esta frase: *Water from the Caribbean*. Es expresiva, porque la dice el lenguaje del imperialismo norteamericano. La trompeta ha llamado y los pilares del imperio acuden a la ceremonia. Es ceremonia bautismal. La criatura ha nacido del vientre de la Pan-American Airways Inc. Y se le dará nombre con toda la pompa de los grandes sucesos. La madrina—la esposa del Presidente Hoover—quebrará contra el casco de la nave aérea una botella que contiene *Water from the Caribbean*. Desde que las aguas recogidas de ese mar que baña tanta costa regada sin orden ni armonía chorreen, estamparán el nombre sobre la criatura de la Pan-American Inc. Y entonces podrá volar siguiendo las rutas aéreas ya trazadas por la cetrería del Imperio.

No es suceso indiferente el del bautismo de una nave destinada a servir la expansión del imperialismo de los Estados Unidos. Nuestros pueblos deben pensar en él con alarma. ¿Quién pilotea el enorme anfibio? Lindberg, un gran pilar del imperialismo. Si no tuviera trascendencia el viaje del *American Clipper*, nunca el mozo dominador del espacio lo habría conducido por los pueblos del Caribe. Lindbergh es unidad de las fuerzas concentradas en el empeño de construir un Imperio. El espacio será un factor capital y si los que trabajan por la expansión logran trazar rutas con dominio absoluto sobre ellas, tendrán asegurado el favor de la batalla. Lo que urge es adelantarse. Y por eso surgió la Pan-American Airways Inc. y se abalanzó sobre estos pueblos a arrancarles concesiones. El espacio debe ser del Imperio norteamericano. La Pan-American Airways Inc. lo encadena y así lo entrega.

Como la memoria no nos acompaña, como somos pueblos olvidadizos, dejamos pasar los acontecimientos que debíamos tener como estímulo de nuestra vigilancia. Vamos acostumbrándonos a mirar en la Pan-American Airways Inc. nada más que una compañía de transporte. Y es algo más que la simple agencia de tráfico por el aire. Nació como fuerza del imperialismo y así se mantiene.

En estas mismas *Estampas* decíamos en abril del año 29, que el Departamento de Correos de los Estados Unidos había planteado la necesidad urgente de que la "aviación norteamericana estableciera rutas en Sur América" a fin de evitar que procedieran enseguida a hacerlo, las naciones europeas. Francia con la Compañía Latecoere hacía pensar al Departamento de Correos. Lo mismo Alemania con la Deutsch Lufthansa Company. No debían los Estados Unidos demorarse y para dar impulso a la conquista de rutas aéreas formaron la Pan-American Airways Inc. Pensaban los hombres del Imperio que sólo a ellos corresponde la conquista y posesión del espacio de estos pueblos, a los cuales juzgan incapaces para una empresa grande. El representante de Correos norteamericano. W. Irving Glover, afirmaba en la reunión que resolvió impulsar el dominio de nuestras rutas aéreas: "La aviación comercial se está extendiendo más allá de lo esperado. Tendrá por consiguiente que recibir la ayuda de naciones que en el campo de la aviación han tenido un desarrollo más rápido que Sur América. Los Estados Unidos deben ponerse a la cabeza de esa ayuda. Tal posición la ocuparemos después del desarrollo de nuestras rutas de correo aéreo". De modo que no es la simple conexión de países lo que una compañía como la Pan-American Airways Inc. está consiguiendo día por día. El correo, el transporte de correspondencia y pasajeros es el paso inicial de la conquista. Después vendrá el comercio a imponer su tráfico espantoso y absorbente. A la compañía aérea que bautiza con aguas del Caribe sus naves se le da el más amplio apoyo. En realidad es una prolongación del Departamento de Correos, con el cual tiene celebrados contratos. Se la lanza sobre estos pueblos con el pretexto de que viene a dar un servicio grande del cual no deriva más que pérdidas. Pero los miopes no deben ver en esa afirmación de las pérdidas un sacrificio estéril de la Pan-American Airways Inc. Vean, ya que su miopía no les sirve para más, la preparación de un dominio tremendo. Por ahora se está cimentando el poderío. Cada país de la America le entrega sus rutas a cambio de nada. Y esa compañía nacida como arma del imperialismo norteamericano, las va reduciendo a su exclusiva propiedad. Cuando haya logrado la totalidad de ellas, entonces comenzará a crujir el eslabón de una cadena de dura esclavitud. No podrá ninguno de nuestros pueblos dar campo a organización extraña a la Pan-American Airways Inc. Ella será dueña y señora del aire.

El empeño de adelantarse a las naciones europeas hace que la Pan-American Airways Inc. apresure la conquista. El panorama que la codicia imperializante contempla desde los Estados Unidos, es el de una aviación total sobre nuestros pueblos. Por eso han mirado con recelo la llegada de dos compañías europeas a la América del Sur. Ningún poder rival debe adelantarse. El plan ideado tiene que desarrollarse con rapidez a fin de dar a los Estados Unidos imperialistas la propiedad del espacio de un continente sobre el cual prolongan la expansión los forjadores del Imperio. Para impedir que la compañía francesa que hace el servicio de Rio de Janeiro a Buenos Aires atraiga simpatías que le den arraigo, la Pan-American Airways acaba de inaugurar su línea igual. Se realiza así el plan del Departamento de Correos. La noticia dada a la prensa norteamericana dice: "Con la partida del aeroplano de la Pan-American Airways se completará el último eslabón del servicio de correos y pasajeros desde Miami, Fla., a Buenos Aires, y el sueño de unir a Sur América por líneas norteamericanas de transporte aéreo se convierte en una realidad . . . Cubre el servicio uno de los más importantes sectores del continente que ahora carece de *conexiones con el negocio y la industria de Norte América*." Vemos, pues, cómo la compañía que según los turiferarios de la civilización norteamericana desciende sus naves en los barrizales de Santa Ana, por nuestra falta de comprensión al negarles la Sabana, crece rápidamente y en el término de dos años liga toda la Amé-

rica al nudo imperialista. Es un hecho terrible. La conquista del aire está realizada. Estos pueblos han ido dando por sólo el beneficio del transporte rápido, el espacio libre. Ahora podrá regocijarnos y hasta maravillarnos el vuelo de esas naves de precisión y seguridad completas. Pero en lo porvenir, cuando todo el mecanismo estreche la libertad de estos pueblos, dirán entonces las generaciones que padezcan la esclavitud, que fuimos menguados. Tras el correo aéreo viene el transporte comercial. A los Estados Unidos interesa sobre todo el comercio. Consiguen concesiones para una aviación que será netamente comercial. Y eliminadora de competencias. Es decir, absorbente. ¿No hay en toda esta preparación el desarrolla de planes exclusivamente imperialistas? Los necios dirán que no debemos encontrar amenazas en compañías aisladas que quieren el aire, que quieren la electricidad, que quieren la tierra, que quieren la radiotelegrafía, que quieren las carreteras. Para ellos lo que no venga precedido de la marinería no es síntoma de conquista. Pero a esos simples hay que llevarlos a la reflexión cabal. Así como a la Pan-American Airways da protección el Departamento de Correos norteamericano para que cubra el espacio de los pueblos de la América nuestra, así otros departamentos de la organización del Gobierno imperialista dan esa protección a otras compañías. No es natural esperar que el propio Departamento de Estado nos arranque concesiones para explotar la electricidad. Pero sí es natural ver que la electricidad es uno de los medios poderosos con que el Imperio cuenta para dominar. Sí es natural ver que los hombres que se organizan en el Norte para acaparar la electricidad de América, son los mismos hombres que alientan las voracidades del Imperio. No aislemos los instrumentos de la conquista. Cuando surge la compañía que quiere carreteras es porque las carreteras ocupan puesto preferente en el Imperio. Cuando aparece la compañía que pide tierras es porque el suelo sustenta brazos del Imperio. No pretendamos que en esas actividades de organizaciones del Norte hay mera especulación. El Imperio cuenta con millares de fuerzas que lo forman y se manifiestan de diversa manera. Si nos acostumbramos a esperar sólo el desembarco de marinos para alarmarnos y ver en peligro nuestra independencia, entonces dejaremos crecer esa rapacidad que hoy llega por el aire, mañana por el alambre conductor de energía, siempre por el conducto imperialista.

Sirven las aguas del Caribe para bautizar naves de conquista. Pero si estos pueblos no quieren perecer ante esa conquista, deben hacer que tengan esas aguas usos defensivos. Que las embotellen y las choreen sobre cascos dominadores. Pero que no lleven ellas nunca la previsión, la dignidad que debe mantener vivo el sentimiento de defensa de estos pueblos.

Juan del Camino

Cartago, noviembre del 31.

Persiflage

— *Colaboración directa* —

Un poema japonés

Para *Emma Gamboa*, en homenaje a su exquisito don de poesía, porque comprenderá lo infinitamente delicado que es este poema japonés, y tendrá compasión de mi que no he podido explicarlo.

Ahora que se habla del militarismo japonés,—odioso como todo militarismo,—y para que por la enfermedad no se nos ocurra odiar al enfermo, recordemos la poesía japonesa. Del Manyo Shu recogió Lafcadio Hearn el poema *El Río del Cielo*, que, con el *Cantar de los Cantares*, unos versos sánscritos de Bilhana y la *Vida Nueva* de Dante, es uno de los cuatro poemas de amor que mayor fama han alcanzado entre los hijos de los hombres. Estos versos que Lafcadio Hearn puso en inglés son desconocidos entre nosotros, lo mismo que los de Bilhana; lo cual no significa sino que nuestro conocimiento literario no es todo lo amplio que a veces nos figuramos cuando nos metemos a pontificar desde las cátedras de literatura de nuestros remedos de Colegio. Aprovechemos la buena labor de Lafcadio y guiándonos por su versión procuremos obtener una idea acerca del célebre poema japonés. Va así:

"Llega mi señor largo tiempo deseado, a quien he esperado encontrar aquí, en las márgenes del Río del Cielo . . . El momento de soltar mi cinturón se acerca.

"Sobre los Raudales del Eterno Cielo, flotando en su barca, mi señor sin duda se dignará llegar a mí esta misma noche.

"Aún cuando libremente pasen de la una margen a la otra los vientos y las nubes, entre mí y mi lejano esposo no puede pasar mensaje alguno.

"A la margen opuesta fácil sería arrojar un guijarro; pero, separada de él por el Río del Cielo, ¡ay!, esperar encontrarlo (excepto en el otoño) es del todo inútil.

"Desde el día cuando el viento del otoño comenzó a soplar (yo me dije muchas veces a mí misma), '¡Ay, cuándo nos encontraremos?'—pero ahora mi amado, a quien he esperado y por quien he sentido anhelo, de veras llega!

"Aún cuando las aguas del Río del Cielo no se han alzado mucho (sin embargo, cruzar) esta corriente cercana y servirle a mi señor y bienamado sigue siendo imposible.

"Aún cuando ella está tan cerca que se la distingue claramente cuando sacude sus largas mangas, no hay, sin embargo, paso por donde cruzar la corriente antes de la estación del verano.

"Cuando se nos separó la había visto sólo un momento,—y sólo vagamente, como se ve volar un jenjén; ahora en vano me he de desvelar, ansiando verla como antes, hasta que sea el tiempo de nuestro encuentro!

"Creo que Hikoboshi debe estar remando en su barca dirigiéndose para encontrar a su esposa,—porque una niebla fina (como espuma que levanta el remo) se alza a lo largo del Río Celestial.

"Mientras esperaba a mi señor en la nublada margen del Río del Cielo, las faldas de mi largo vestido se me han mojado.

"En el Río del Cielo, en el lugar del augusto muelle de las barcas, se ha hecho alto el sonido del agua: Tal vez mi señor a quien he esperado largo tiempo haya de llegar pronto en su barca.

"Como Tanabata duerme, con sus largas mangas recogidas, hasta que la aurora se sonroje, oh cigueñas de los bajos del río, no la despertéis con vuestros gritos!

"Ella mira que una niebla se extiende sobre el Río del Cielo . . . . '¡Hoy! ¡Hoy!' piensa, 'Hoy ha de llegar probablemente mi señor en su barca, a quien tánto he esperado.

"Por el muelle de las barcas, en Yasu, sobre el Río del Cielo, la barca flota: Os ruego que le digáis a mi señor que aquí de pie lo espero.

"Aún cuando yo (que soy dios estelar) libremente puedo cruzar el cielo inmenso en la dirección que guste,—ello no obstante cruzar el Río del Cielo por ti fue en verdad trabajo laborioso!

"Desde la Augusta edad del Dios de las Ocho Mil Lanzas, ella había sido mi esposa pero sólo en secreto; ahora, sin embargo, a causa de mi constante deseo de ella, nuestra relación ha trascendido al conocimiento de los hombres.

"Desde que fueron separados cielo y tierra, ha sido esposa mía propia;—ello no obstante, para estar con ella, he de esperar siempre el otoño.

"Con mi amada, la de las mejillas de subido color rojo, esta noche en verdad descenderé al lecho del Río del Cielo, a dormir sobre almohada de piedra.

cuando veo las hierbas acuáticas del Río del Cielo doblegarse en el viento del otoño (me digo dentro de mí mismo): 'Parece llegado el tiempo de que nos encontremos'.

"Cuando en mi corazón siento súbito anhelo de mi marido, entonces, sobre el Río del Cielo, se oye el ruido de los remos de la barca nocturna, y el chachear de los remos resuena.

"En la noche, cuando reposo con mi ahora lejano esposo, habiendo cambiado con él las almohadas recubiertas de joyas

que no cante el gallo, ni aunque amanezca el día.

"Aunque por miles de años permanezcamos mano en la mano y juntas nuestras mejillas, nuestro gran amor jamás tendría fin. (¿Por qué, pues, ha hallado necesario el Cielo separarnos?)

"La blanca tela que Tanabata ha tejido para mí, en esa casa de ella, creo que, ahora me la está haciendo vestido que yo lleve.

"Aún cuando esté lejos, y escondida de mí por quinientas capas de nube blanca, no dejaré de volver el rostro cada noche hacia la casa de mi hermanita menor (esposa).

"Cuando el otoño llega, y las nieblas del río se extienden sobre la Corriente Celestial, hacia el río me vuelvo (y me anego en deseo); y mis noches de deseo son muchas!

"Pero una noche del año entero, y sólo en la séptima noche (del séptimo mes), me junto con mi bienamada persona,—y he aquí que el día ha amanecido antes de que nuestro mutuo amor se haya podido expresar!

"Los deseos de amor de todo un año han concluído esta noche; y no hay día desde mañana en que no lo desee a él como antes lo deseaba.

"Hikoboshi y Tanabata-tsumé se han de juntar esta noche: Oh olas del Río del Cielo, tened cuidado de no levantaros!

"Oh, esa nube blanca que lleva el viento del otoño: Será la celestial servidumbre de Tanabata-tsumé?

"Porque ella es mi amada a quien nada frecuentemente encuentro, apresuraos a remarme al otro lado del Río del Cielo antes de que se entre más la noche!

"Tarde en la noche, una niebla se tiende sobre el Río del Cielo; y se oye el ruido del remo de Hikoboshi.

"Sobre el Río del Cielo puede oirse claramente un chachear: ¿Será el sonido de la barca de Hikaboshi que va aprisa cortando el agua y levantándole olas?

"Quizás esta garúa del anochecer no sea sino pringue que nos cae, levantado por el remo de Hikoboshi que aprisa va remando en su barca.

"Desde mañana, ¡ay de mí!, después de haber hecho mi cama de joyas, sin reposar más con mi señor, he de dormir sola!

"Habiéndose levantado el viento, las olas del río se han alzado: ¡Esta noche cruza hacia mí en barca de remos, te lo ruego, antes de que se haga tarde!

"Aún cuando las olas del Río del Cielo se levanten altas, he de cruzar remando rápidamente antes de que se haga tarde.

"Hace mucho tiempo acabé de tejer el material; y esta noche, terminado de hacer el vestido,—¿por qué he de esperar más tiempo a mi señor?

"¿Será que la corriente del Río del Cielo se ha vuelto demasiado rápida? La noche negra como el azabache avanza— ¡y Hikoboshi no ha llegado!

"Oh barquero, date prisa en atravesar la corriente! Mi señor no es de quienes pueden ir y venir dos veces al año.

"El día cuando comenzó a soplar el viento del otoño me fui a los bajos del Río del Cielo: Os ruego que le digáis a mi señor que aquí lo espero todavía!

"Creo que Tanabata llega en su barca; porque, en este instante, una nube blanca pasa sobre la faz clara de la luna."

¿Cómo será la preciosa poesía en japonés? No tengo manera de saberlo. Así, —en la traducción de la versión de Lafcadio Hearn,—tiene un sabor que me fascina. Un sabor vago que a ratos adquiere intensidad que penetra hasta lo más hondo del corazón. Un sabor a cosa de la naturaleza.

Todo el poema es para explicar que sobre la luna llena, en el otoño, ha pasado una nube blanca.

Pero no; hay más: Hay la desesperación de la espera de la amada. Hay . . . ¡Dios mío, si es menos de una vez al año! . . .

Persiles — Heredia. Noviembre de 1931

Tablero
=1931=
Dando la mano

Heredia, 2 de Octubre de 1931.

Muy estimado don Joaquín:

Con motivo de la fiesta patriótica de Setiembre los niños de esta ciudad celebraron un concurso con el tema: Decálogo de la Ciudadanía. *Le envío el trabajo premiado para que Ud. lo juzgue y, si lo encuentra merecedor de publicación, le haga un campito en* Repertorio. *El autor es un adolescente sano y alegre que va creciendo como roble joven. Quizá el estímulo pueda serle útil ahora que está creando su ideal de hombre.*

Deseo, señor García, que tenga excelente salud. Lo recuerda con afecto muy cordial,

Emma Gamboa

Decálogo de la ciudadanía

Todas las naciones deben tener su libertad y ésta se consigue con las virtudes de los ciudadanos.

I. Serás trabajador, pero no egoísta; trabajarás con provecho para la Patria y para ti mismo.

II. No serás vicioso ni harás acciones inconvenientes.

III. No te enorgullecerás por tener dinero ni te empequeñecerás por no tenerlo.

IV. No merecerás la desconfianza de los demás: serás honrado y fiel a tus amigos.

V. Jugarás con caballerosidad.

VI. Cuando hagas algo malo soportarás el castigo que has de recibir.

VII. Amarás a tus conciudadanos.

VIII. Amarás los buenos pensamientos y no dirás malas e impuras palabras que manchen tu alma.

IX. No dirás nada que no convenga de otras naciones por decir bien de la tuya.

X. Lucharás por la libertad si es necesario, pero trabajarás siempre por la paz.

Víctor Manuel Bustos

Fray Pedro de Aguado
Historia de la provincia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada

En la actual renovación de los gustos literarios de las masas lectoras de todos los pueblos, y acaso singularmente del mundo de habla castellana, los libros que se refieren a la colonización americana ocupan uno de los lugares preferentes. Estas producciones revisten singular valor, pues juntan a su sentido emocional de esfuerzo y aventura, el otro no menos estimable de culto a las glorias raciales y estudio de los antecedentes de aquellas tierras y cultura.

Aunque se publican muchos libros de esa clase, aún quedan algunos de ellos poco menos que desconocidos, los cuales precisa irlos ofreciendo al público entusiasta y devoto.

Historia de la provincia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada, por Fr. Pedro de Aguado: he aquí una de esas obras que tanto se echaban de menos y al fin tienen existencia en el comercio editorial de hoy. ESPASA-CALPE, S. A., acaba de incluirla en su famosa colección de *Viajes Clásicos*.

La *Historia de la provincia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada* constituye la famosa "Recopilación historial resolutoria de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada de las Indias del Mar Oceano", así denominada por su autor, fraile franciscano, que fue Provincial de la Orden en la capital de aquellos territorios, Santa Fe. Habida cuenta de la extensión de dichas tierras, y de la propiedad con que allí co-

menzó la colonización de los españoles, a más de las circunstancias adjetivas de la misma, un libro como éste, que junta al valor documental de la época la espontaneidad y vigor propios de quien, no siendo letrado, constituyó testigo de excepción de aquellas gestas, reviste, decimos, excepcional importancia. El lector adéntrase en sus páginas sin temor de hallarlas recargadas, cautivado por el mundo de figuras y hechos que le ofrecen.

Trátase con esta obra, por orden cronológico, de todo lo notable que allí aconteció desde el momento que los españoles pusieron pie en tierra firme hasta el año 1568. Parece inecesario decir que abundan en ella acaecimientos, descripciones, semblanzas, etc., realmente interesantísimas. El hombre encuéntrase frente a la Naturaleza, y la domina; ante el enemigo salvaje, y lo vence. Un común anhelo palpita en todos los pechos, que hace que aquella labor titánica cristalice eficientemente. A veces, la traición, el engaño, la maldad rompen esa uniforme corriente, y de ello se derivan hechos cuya crudeza sobrecoge. Pero a la larga triunfa el idealismo, y vése la labor positiva de edificación y progreso que fue comienzo de la personalidad que más adelante adquirirían las naciones americanas.

El Padre Aguado consiguió, dentro de las naturales limitaciones de la época, dejar plasmado en esta su famosa crónica un animado y colorido cuadro del suelo y la vida vernácula, de las peripecias del coloniaje y de la era que entonces se abría para lo porvenir. Hoy día, leémosle con emoción reverenciosa. La edición de esta *Historia de la Provincia de Sancta Marta y Nuevo Reino de Granada* constará de tres tomos de más de 450 páginas cada uno, conservándose el lenguaje antiguo del manuscrito originario. Acaba de aparecer el primer tomo, y muy en breve saldrán los restantes. Precio de la obra completa: ₡15.75.

Solicítela al Adm. del *Rep. Am.*

SOCIEDAD KANTIANA DE BUENOS AIRES

HEGEL

1831 - 1931

Ciclo de conferencias

La Sociedad Kantiana *de Buenos Aires conmemora el primer centenario de la muerte de Hegel con un* ciclo de conferencias públicas *sobre la formación y desarrollo del movimiento idealista alemán y en especial manera de la filosofía hegeliana, que tendrán lugar en la calle* Moreno 1059 *(local de la Sociedad Científica Alemana) a las 21.30 horas, en los días que a continuación se mencionan:*

I

Lunes 14 de Septiembre: Francisco Romero.—Kant y los orígenes del idealismo alemán. *El pensamiento kantiano como integración de racionalismo y empirismo y como punto de partida del movimiento idealista.*

II

Lunes 5 de Octubre: Vicente Fatone.—De Kant a Hegel. *Formación del idealismo alemán. Ciencia, Estado y Religión en la época romántica.*

III

Lunes 26 de Octubre: Angel Vassalo.—Hegel. *Las etapas de su pensamiento hasta la constitución del sistema. Las bases del sistema. La Dialéctica. Racionalismo e historicismo.*

IV

Lunes 16 de Noviembre: Luis Juan Guerrero.—Disolución del sistema y perduración del espíritu hegeliano. *La Dialéctica existencial de Kirkegaard, la Antropología filosófica de Feuerbach y el Materialismo dialéctico de Marx en la vida del siglo* XIX *y en la formación de la filosofía de nuestro tiempo.*

V

Lunes 30 de Noviembre: Hegel en la actualidad.

Francisco Romero: *Influencia del idealismo alemán en el historicismo contemporáneo.*

Vicente Fatone: *Idealismo y Actualismo.*

Angel Vassalo: *Hegel y la actual filosofía de la religión.*

Luis J. Guerrero: *Hegelianismo y filosofía de la existencia humana.*

De Guillermo Valencia a Sanín Cano

Popayán, Nov. 8.

Sanín Cano—Bogotá.

Ignoré su paso por Cali. Indeciblemente regocijados al saberlo con nosotros. Decídase venirse a vivir conmigo; mi hogar lo recibirá y cuidará amorosamente. Esta es la voz unánime, y el anhelo constante de mi corazón agradecido al maestro dilectísimo, al amigo sin par y al hermano de elección. Abrazos.

Guillermo Valencia

Sanín Cano visto por La Nación

La Nación, el prestigioso cotidiano de Buenos Aires, despide en su edición del 11 de octubre al Maestro Sanín Cano en los siguientes cordiales términos y conceptos:

D. Baldomero Sanín Cano partirá hoy para Colombia.

Hoy emprenderá viaje, con destino a su país natal, don Baldomero Sanín Cano. Ha permanecido entre nosotros varios años, y en este tiempo, sin contar alguna corta ausencia, ha podido ponerse en contacto con los centros intelectuales del país, observar su vida, penetrar su espíritu y producir aquí, como lo hizo, connaturalizándose con el ambiente, en las naciones de Europa, en que ha vivido. Su producción argentina ha revelado en don Baldomero Sanín Cano la misma profundidad y la misma bondad humana que se descubre en su vasta obra de publicista y de escritor, reflejada tan frecuentemente en las páginas de este diario. Es esta su característica. En lo que escribe Sanín Cano se suma a la esperanza generosa, al fervor de mejoramiento, una sabiduría de sorprendente diversidad. Es lo que da una elevación permanente a su pensamiento y una claridad tan noble a su palabra. Ahora se radicará de nuevo en Colombia, donde, en su última permanencia, fue objeto de demostraciones que denuncian la admiración y el respeto que le profesan sus compatriotas. Esa admiración inspira también en los círculos literarios del resto de la América Latina, que ve en ese escritor a una figura de contornos continentales.

INDICE

Hágase de estos libros:

Luis Fernández Ardavín y Mauricio Bacarisse: *Edipo Rey* Tragedia de Sofocles........	₡ 3.50
Les Obres D'Auzias March: *Edición Crítica Per Amadeu Pagés.* 2 Vols.	28.50
Ernest Toller: *Hinkemann.* (Tragedia) *Los destructores de máquinas* (Drama)........	3.50

Solicítelos al Adm. del *Rep. Am.*

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica